

## 6

### *Segundo curso de Nabokov*

El tema del doble es un aburrimiento espantoso.

NABOKOV, *Opiniones contundentes*

#### 1

Para ser una conversadora harto silenciosa, a veces sabía levantar muchísimo el tono de voz. Elena Levin se echa a reír cuando se le pregunta si Vladimir tenía por costumbre ceder la palabra a su esposa en una conversación. «Nadie tuvo que ceder nunca la palabra a Véra, ya fuera en una conversación o en otro terreno», responde. Fuera del aula, la ayudante del profesor Nabokov era rápida a la hora de ratificar sus posturas. Una vez, Wilson se encontró con que Véra redirigía una discusión sobre poesía «con una puntería infalible»; cuando hablaba directamente al mundo que la rodeaba podía hacerlo con una fuerza poco menos que brutal. El profesorado de Cornell, así como algún que otro casero de la misma localidad, fueron de los primeros en descubrirlo. El semestre de otoño de 1952 lo pasaron en una casa recién construida, con la fachada acristalada, en el 106 de Hampton Road. Fue una casa acerca de la cual Véra planteó todo un semestre de interrogantes. Por fortuna no había pulgas pero, ¿qué hacer con la luz de la luna que se filtraba por la cristallera? (El profesor Wiegandt y señora, que acababan de mudarse, les sugirieron que colgasen cortinas, o unas simples sábanas.) Herbert Wiegandt también tuvo unas cuantas quejas, que de hecho presentó directamente ante

Vladimir el 10 de febrero de 1953, por carta, poco después de que los Nabokov se mudaran a Cambridge. Sobre todo le inquietaban los perjuicios causados en el suelo de linóleo de la cocina, recién instalado, y unos cuchillos de trinchar que faltaban. A vuelta de correo recibió la respuesta. «Jamás utilizamos su cubertería. No sabemos nada de esos cuchillos de trinchar. No fregamos los azulejos del cuarto de baño de la planta baja con un estropajo duro ni con una solución agresiva», respondió Véra, a lo cual añadió Vladimir: «Y no hicimos nada para fomentar que el linóleo se rizase».

Lo que entre la mayoría de los profesores académicos y sus esposas pasaba por una conversación normal, según fuera la compañía, con los Nabokov podía ser una provocación. En la primavera de 1958, el profesor William Moulton y señora invitaron a la pareja, junto con Eric Blackhall, profesor visitante de Literatura Alemana, y el decano de la facultad, a tomar unos cócteles. Véra echó a perder la tarde al lanzarse a un virulento ataque contra el álbum de Wilhelm Busch que se encontraba sobre la mesita del café, en el cuarto de estar de los Moulton; en su opinión, era un destacadísimo ejemplo de la típica crueldad alemana. A la sazón, Jenni Moulton logró salvar la conversación del naufragio y condujo al joven profesor ante Véra, que estaba sentada en el sofá de dos plazas. Ella le preguntó por su especialidad. «Goethe», respondió Blackhall. «Considero que *Fausto* es una de las obras teatrales más superficiales que se hayan escrito jamás», declaró Véra con tanto asombro por parte del visitante como con manifiesto regocijo por parte de su esposo. Diríase que disfrutaba desconcertando a los demás. A un profesor ayudante de veintiocho años de edad le preguntó cómo era posible que aguantase a los autores franceses más recientes del momento y, en ese mismo sentido, cómo era capaz de abordarlos en sus clases. Al joven profesor le pareció que su *modus operandi* frisaba la acusación e incluso la censura. Es imposible precisar si había aprendido esta técnica de arrojar el guante a la cara de su oponente precisamente de su marido, quien alguna vez saludaba a sus colegas con campanadas como éstas, que largó para deleite del erudito francés Jean-Jacques Demorest: «Que tú

sepas, ¿llegó Stendhal a escribir alguna vez una frase decente?», o «¿Tú crees que de tu país saldrán alguna vez autores tan perfectos como Bossuet y Chateaubriand?». Véra sabía de sobra que su afán de controversia divertía sobremanera a su marido, quien sonreía con benevolencia nada más oír sus comentarios polémicos, tal como hacía siempre que un interlocutor inadvertido o poco cauteloso caía en las emboscadas que tendía Véra con sus manías preferidas. Sabía cómo «irritar a los inteligentes y cómo desconcertar a los bobalicones» tan bien o mejor que él. (En realidad, era mucho más dura con los inteligentes que con los bobalicones.) Y los Nabokov sabían hacer esta interpretación de común acuerdo. No sólo denunciaba Véra enfáticamente a Auden en un extremo de la sala, sino que también Vladimir, poco después, se manifestaba en los mismos términos; la pareja también dio un repaso sincronizado a Jane Austen, cuya importancia, según sostuvieron desde las dos cabeceras opuestas de la mesa, en una cena de gala, era producto de una ridícula inflación. Cualquier escritor francés del siglo XIX era igual o mejor que ella. Y eso lo dijeron en la casa del jefe del Departamento de Escritura Creativa de Cornell.

A comienzos de los años cincuenta, la concepción que se había formado de la vida académica y su manera de percibir los caprichos de su esposo estaban tan arraigadas en su persona que —si bien parece que ella jamás tomó voluntariamente la palabra para defender a Vladimir— no vacilaba a la hora de corregirle o de hacerle callar. Él dependía de que ella le prestara este servicio<sup>1</sup>. Por más que admirase y compartiese las vigorosas convicciones de su marido, expresaba periódicamente su inquietud cuando éste las aireaba. En cierta ocasión expresó el alivio que le había producido el hecho de que Nabokov hubiera disfrutado en un foro público, «y que por tanto estuviese di-

---

<sup>1</sup> Como ha señalado Carl Proffer, «la censura conyugal es en Rusia tan antigua, al menos, como la segunda mujer de Dostoievski». Véra hizo un espléndido trabajo con el diario de Vladimir; poco le faltó para llegar a la tinta que la esposa de Bulgakov había derramado estratégicamente sobre las páginas más comprometedoras de su marido.

vertido, brillante y —gracias a Dios— que no dijera lo que opina acerca de algunos famosos escritores contemporáneos». Los ataques eran claramente una modalidad de diversión para ambos Nabokov, una manera de condimentar la vida «en el ubérrimamente cobihido y ubérrimamente aburrido Cornell», localidad que a los dos les resultaba sumamente insulsa y domesticada. Véra observaba con más atención las limitaciones<sup>2</sup>. Aconsejaba una pizca de misericordia cuando su marido se mostraba demasiado severo ante un aspirante a escritor que lo visitaba en su despacho. Una vez, Vladimir impuso un examen de botánica doméstica a un joven pariente que lo suspendió de manera miserable. «¿Sabes? Mitya no tiene ni idea», dijo Vladimir encogiéndose de hombros en presencia de su sobrino nieto. «No le hagas caso, es un viejo cascarrabias», dijo Véra para sosegar al humillado adolescente. Y rebajaba las ebulliciones de su marido, que podían ser tan fuertes como su propia indignación, capaces de acallar su voz tonante. Cuando Clare tira de la manga de Sebastian Knight en un desesperado intento por hacerle controlar sus risas en un cine londinense, de hecho prefigura una escena idéntica acaecida en Cornell. El crítico Alfred Appel recordaba una proyección de *Beat the Devil* en Ithaca, durante la cual la mitad del público se reía de la película y la otra mitad del modo en que Nabokov se reía de la película. Véra «murmuró “¡Volodya!” unas cuantas veces, pero a la postre renunció a su empeño, como si estuviera claro que en la sala existían dos campos contrapuestos de comicidad».

Los dos Nabokov eran veloces a la hora de aprovechar los desaires que percibieran. Un colega sospechaba que Vladimir «se tambaleaba siempre al filo del insulto intolerable». La inseguridad es, en parte, la suerte del inmigrante, el precio que ha de pagar por descifrar

---

<sup>2</sup> Debido a su especial esmero, esto generó algunas situaciones barrocas. Cuando un periodista señalaba que Véra de vez en cuando censuraba la conversación de su marido, «el periodista tenía la impresión de que trataba de quitarle hierro a sus palabras». Vladimir, quien siempre debía dar el visto bueno al texto de las entrevistas, censuraba la descripción del modo en que su mujer lo censuraba, llegando de ese modo a censurar al censor con eficacia.

una nueva cultura. Ay de quien insinuara que Véra había confundido tal vez a los zares. «Lamento desilusionarlo, pero yo soy una mujer rusa de los pies a la cabeza, y estoy completamente segura de cuál es la secuencia de los zares y de sus sucesivos reinados», contestaba airada. «Asimismo, estoy perfectamente informada en lo tocante a los ancestros de mi marido y su familia», añadió para corregir la versión de la historia rusa propuesta por su corresponsal, que a ella se le antojaba defectuosa. Nadie era capaz de disparar un «por cierto», o un «a la sazón», con la fuerza que lo hacía Véra, quien lograba con estas locuciones adverbiales el efecto asesino que conseguía su marido con un par de paréntesis demoledores: «(picnic, rayo)». La percepción inmediata del ultraje, el rencor incluso, eran rasgos innatos de la familia Slonim. En el verano de 1950, la hermana mayor de Véra le propuso enviar a unos amigos suecos de buena familia de visita a Ithaca. Véra respondió que Vladimir y ella estaban enloquecidamente ajetreados, que no tenían siquiera tiempo de ver a sus conocidos. Adicionalmente, pidió a Lena que se abstuviera de enviarles ninguna clase de regalo; los Nabokov se esforzaban por entonces por mantener un mínimo de pertenencias, debido a sus frecuentes mudanzas. Se lo dijo directamente, a las claras, tal como decía todo lo demás. Sospechaba que Lena tenía la necesidad de «lucir a su familia» y trató de desviar a los suecos a casa de Sonia, que residía entonces en Nueva York. Lena respondió diciendo que sólo pretendía hacerles un favor a sus amigos. Había dejado muy atrás ese momento de la vida en el que necesitaba hacer gala de su familia; la frase de su hermana era demostración palpable de que lo desconocía todo acerca de su existencia y de sus penalidades. Y no tenía el menor interés en hablar con Sonia, que había insultado al marido de Lena en 1932<sup>3</sup>. Véra y

---

<sup>3</sup> Lena todavía desconocía qué destino había corrido el marido al que abandonó, pero al cual defendió con valentía, y que a la postre desapareció durante la guerra. Véra no manifestó ninguna curiosidad por él. Por razones que no están del todo claras, pero que seguramente guardaban relación con los rumores que corrían por Berlín, parece que compartía la escasa estima en que tenía Sonia a Massalsky.

Lena no se hablaron ni se comunicaron durante los nueve años siguientes.

Es difícil precisar qué fue primero, si el hecho de que Véra actuase como picador de su marido torero o la incomodidad que parte del profesorado de Cornell sentía en presencia de la pareja. Sus enseñanzas sincronizadas no hicieron nada por granjearles el afecto de los demás profesores. Era algo manipulado de forma tan experta que parecía ensayado. Incluso quienes admiraban las actuaciones en el aula echaban en cara a Nabokov la presencia de su ayudante. Szeftel anotó en su diario que Véra corregía los exámenes de su marido «en un nuevo despliegue de abnegación». El resentimiento de Véra se acumulaba en proporción directa a su halo de misterio. El profesorado —con la aguda conciencia de que Nabokov no tenía el título de doctor, ni estudiantes de post-grado, pocos seminarios y, a mediados de los años cincuenta, una matrícula de alumnos envidiablemente nutrida— se mofaba de la rutina que llevaban a cabo marido y mujer. Cuando Nabokov se sometió a consideración para tratar de ocupar otro puesto de trabajo, un antiguo colega que trabajaba en tal institución universitaria desestimó su candidatura. «No vale la pena contratarlo a él; es ella la que hace todo el trabajo», advirtió. El propio Nabokov no hizo nada para poner coto a esta clase de puñaladas. A sus alumnos les dijo que las siglas Ph. D., que en inglés designan al Doctor en Filosofía, representaban más bien al «Departamento de Filisteos». Incluso se tomaba sus propias actuaciones con frívola displi-cencia. Cuando un colega con quien mantenía una relación de amistad insistió en asistir a una de sus conferencias, accedió de este modo: «De acuerdo, si te empeñas en ser un masoquista...» A las esposas de otros profesores de Ithaca les preguntaba a quemarropa por qué no podían parecerse más a Véra, a quien tenía por la medida de toda perfección. Caso de haberlas buscado, todo esto no le hubiera valido a Véra para encontrar amistades. Se tenía la impresión de que carecía de confidentes justo por estar muy cerca de su marido; su reverencia era tan objetable como las irreverencias de él. Mucho antes del advenimiento de *Lolita*, Nabokov gozaba de bastante respeto, pero no era

universalmente apreciado por sus colegas; algunos miembros del claustro incluso se cambiaban de acera para no cruzarse con él. Dentro del departamento se hablaba tan mal de su curso que un licenciado en Literatura Inglesa llegó a la conclusión de que debía de haber algo ilícito en su manera de impartir clase. Había sobradas razones para percibir los desaires. En el país de los adictos a las notas a pie de página, como los llamaba Bishop, Nabokov era un hombre hecho de otra pasta. Véra era del espacio exterior.

En lo cultural, la línea divisoria representaba un abismo. Ithaca, y también Cornell, son en gran medida Norteamérica. Se trata de un lugar de bellos paisajes, civilizado, pero también remoto, escondido e inaccesible tras la cadena montañosa de los Adirondacks. A los Nabokov les resultaba más visible el origen agrario de la universidad que su eminencia académica. A pesar de todos sus distinguidos profesores, Cornell era una institución de variadas ramificaciones, con un bosque modélico, un criadero de pescado de agua dulce y una granja de porcino. Las conexiones ferroviarias eran deficientes; el transporte aéreo no era mejor. Tal como explicó Véra a un pariente que fue a visitarles, «nuestra única línea aérea (Mohicana se llama) aprovecha todos los pretextos habidos y por haber para cancelar sus vuelos: festivos, fines de semana, días lluviosos, etc.»<sup>4</sup> Tras todo lo que había vivido, la tranquilidad reinante en Ithaca, su provincianismo, tal vez fuesen un alivio, aunque la tierra de los cuchillos de trinchar hechos de plata repujada y los suelos de linóleo hipersensible también le resultó ajena. Nabokov disfrutaba en este nuevo medio. Su objetivo no era otro que enriquecer la poción mágica de su nueva lengua, tal como antes había dispuesto su entorno de modo que no se diluyera la primera que tuvo. Se desvivía por pegar en el papel cazamoscas de su mentalidad todos los matices de la vida típicamente norteamericana. (A Jean Bruneau, profesor ayudante de Literatura France-

---

<sup>4</sup> Los horarios por poco suponen un desastre para Gradus en *Pálido fuego*. De hecho, se le antojan la idea de un bromista.

sa, le explicó que sus motivos eran bien distintos. Con un brillo inequívoco en los ojos le advirtió de que la publicación de su próxima novela escandalizaría a media Norteamérica por su despiadado ataque contra el lenguaje norteamericano.) En todo momento tuvo constancia la pareja de la distancia abismal que los separaba de lo que todas las personas que les rodeaban entendían por mundo real<sup>5</sup>. Comenzaron a hacer gala ante las visitas de algunos artefactos encontrados en los escenarios de alquiler en que residieron; daba la impresión de que jugaban a representar una vida genuinamente norteamericana, a impostarla. Los objetos de procedencia exótica fueron de gran utilidad para Nabokov —¿quién se hubiera imaginado las baratijas mejicanas, las fundas de peluche rosa para la tapadera del retrete?—, aunque para Véra tuvieran menos encanto; a su manera, propia de los inmigrantes ancestrales, por fuerza se sentía asombrada y horrorizada ante los americanos. En cuanto a los colegios de América, todos eran deficientes, incluidos los más caros.

Parte de esta ambivalencia se notaba. Cuando murió Leo Peltenburg en 1955, su hija mediana escribió a Véra para darle la noticia. Al reconocer informaciones anteriores sobre Ithaca, opinó así: «Yo creo, Véra, que tu marido y tu hijo se alegran de haber encontrado una patria de adopción en Estados Unidos. En cuanto a ti, no estoy tan segura». Gran parte de la animosidad que sentía Véra se dirigía no al hombre de la calle, sino a los académicos, quienes a su juicio debieran haber sido más coherentes. Su prueba del nueve para detectar el buen gusto consistía en el reconocimiento de la genialidad de su

---

<sup>5</sup> Su dirección postal permanente en Cornell fue la Sala Godwin Smith. En parte para disociarse de los lingüistas del campus, cuya sede estaba en otro lugar, Nabokov llegó al extremo de denominarse un hombre de la Godwin Smith. En esta ocasión su erudición le falló por completo. Difícilmente lo hubiera hecho en el supuesto de saber que Godwin Smith, un historiador británico que dio clases en Cornell entre 1868 y 1871, y que donó su fortuna a la facultad, había escrito cosas muy desabridas sobre los judíos rusos, sobre todo acerca de los «prósperos usureros» del Asentamiento.



marido. Mientras el dueño de un motel de carretera se mostrase más impresionado con un escritor medianamente conocido que el profesor de Harvard que no llegó a contratar sus servicios, todos sus respetos eran para el hostelero. Lena Massalsky habría de señalar que tras veintiséis años en Suecia se sentía incapaz de descifrar las costumbres locales. Véra tuvo más problemas para tolerarlas que para descifrarlas. Así como Vladimir se había percatado tiempo atrás de que los no rusos no tenían la menor esperanza de comprender «el talante elegíaco que tiñe el alma rusa», una persona como Véra jamás podría aspirar a apreciar la susceptibilidad que tiene el alma americana cuando se trata de expandirse. Una cosa es la obsesión que tiene un hombre de mediana edad por una chiquilla de doce años; lo que Véra no pudo comprender fue la conducta de la esposa del editor, la cual, en uno de sus primeros encuentros, barbotó ante ella toda suerte de detalles relativos a su embarullada vida afectiva, o la del editor que comentó sus devaneos sentimentales mientras lo escuchaba un taxista. Sobre este asunto sólo pronunciaba dos palabras con sus correspondientes signos de exclamación: «¡Pasmosos americanos!». Todo se le antojaba como si hubiera salido de una mala novela, algo de John O'Hara o de James Gould Cozzens.

Algunos de sus sentimientos más acendrados los reservaba para la política. Ya en 1948 expresó su deseo de participar en la política local, y se preguntó cómo podría hacerlo. ¿No existía algún cargo al que pudiera presentarse?, comentó, molesta por una ordenanza municipal del Ayuntamiento de Ithaca sobre la enseñanza secundaria? (Por entonces daba clases de enseñanza media en Cascadilla School.) Su marido la disuadió de toda implicación en este terreno, al menos a niveles puramente locales. «Es peligroso», le dijo, y no cabe duda de que lo hubiera sido... sobre todo para él. A Véra le frustraba no haber podido votar en las elecciones de 1948; no llevaba viviendo en Ithaca los seis meses preceptivos. El mismo problema tuvo en 1952, ya que el semestre pasado en Harvard interfirió en los requisitos de residencia. De nuevo en 1956, la carencia de un domicilio permanente se puso en su contra, ya que los Nabokov pasaron una prima-

vera sabática en Cambridge y un verano itinerante. Véra consideraba injustas estas normas; tenía una sensibilidad exquisita en lo tocante a sus privilegios. Sólo en 1964, cuando ya no residía en Norteamérica, votó en unas elecciones presidenciales. Vladimir no votó nunca.

Se calentaba enseguida con la política. Desde la casa de Hampton Road envió una carta incendiaria al *Cornell Daily Sun* el 12 de diciembre de 1952. Un editorial del día anterior, en el periódico universitario, expuso una enardecida defensa del profesor Owen Lattimore, destacado experto en sinología a quien McCarthy motejó de agente secreto soviético. Lattimore era una suerte de héroe para la intelectualidad; además, a lo largo de doce brutales días de interrogatorios a comienzos del mismo año, el Subcomité de Seguridad Interna dirigido por el senador Patrick A. McCarran no había logrado formular ninguna acusación concreta contra el profesor de la Johns Hopkins University. Véra llamó la atención del *Sun* acerca de las actividades de Lattimore desde 1944 en adelante, citando capítulos y páginas precisas. Había leído toda su obra. A su juicio, las actividades delictivas del sinólogo eran palmarias: no cabía duda alguna de que había colaborado para que prosperase el dominio de los soviéticos en China. Entendía que «los dos McSenadores» socavaban sus propios esfuerzos al tildar de comunistas «a todos los que están a la izquierda de Thomas Dewey», y lamentaba no que mancillasen la reputación de tales hombres, sino que el fanatismo de los senadores dejara a los comunistas espacio de sobra donde ocultarse<sup>6</sup>. Especificó que su comunicación tenía por objeto aclarar la cuestión, pero que no era para publicarse. (Y no se publicó en el periódico.) La guerra fría adquiriría en

---

<sup>6</sup> Cuatro días después de que Véra escribiera su carta, Lattimore fue acusado de siete cargos de perjurio que después fueron archivados. El entusiasmo de Véra, si alguna vez llegó a manifestarlo, difícilmente pudo resultar atractivo para Edmund Wilson, cuyo libro *Memorias del Condado de Hécate* atacó McCarthy por considerarlo filocomunista.

su imaginación proporciones inmensas, aunque a veces incómodas e incluso embarazosas. En su diario de 1951, Nabokov anotó las predicciones de su mujer: «Dice también que si se desencadena una guerra contra Rusia, empezará en Alaska. Veremos esos espantosos mapas en los periódicos, las horribles, enérgicas, curvadas flechas negras que apuntarán hacia Whitehorse, a Le Pas». Teniendo en cuenta lo que había vivido, a Véra se le podía disculpar que traspusiera demasiado de prisa el pasado al futuro. Los dos Nabokov leyeron *Charlotte's Web* [*La telaraña de Charlotte*], de E. B. White, en 1952, cuando la Guerra de Corea estaba en pleno apogeo. Después, Vladimir escribió a Katharine White: «A los dos nos gustó mucho el libro de Andy. Véra dice que ojalá pudiera encontrar a una familiar de Charlotte y convencerla de que tejiera una bonita, enorme tela de araña para todos nosotros, y que informase a los estúpidos asiáticos de que éste es un país magnífico y humilde, que no ha de prestarse a una matanza ni a ser devorado».

Su anticomunismo era rabioso e instintivo. Milton Cowan pensaba que la fuente de su desdén (y, por extensión, el que también profesaba su esposo) por la División de Lenguas Modernas podía deberse a una interpretación errónea de las lecturas que hacía Gordon Fairbanks en el aula. En su curso, entre el material empleado en la enseñanza del ruso, nivel medio, Fairbanks incluía un ejemplar de la constitución de la URSS, en el que contrastaba los ideales soviéticos y la realidad. Allí donde él veía un material instructivo, Véra sólo encontraba propaganda. De acuerdo con sus planteamientos incondicionales, consideró una afrenta que se hubiera reimpresso semejante documento. (En verdad, su desprecio parece haber sido dirigido a Fairbanks por razones más simples. Cuando Field señaló que Fairbanks no hablaba el ruso demasiado bien, Véra no dudó en corregirle: a su juicio, Fairbanks no hablaba ruso, ni mucho ni poco.) No tenía la menor discrepancia con el programa de McCarthy; le sobraban razones para creer que Alger Hiss mentía. El recuerdo más vívido que guarda Arthur Schlesinger Jr. de Véra es la apasionada defensa de McCarthy que hizo en su casa de Cambridge, seguramente durante

la primavera de 1953. En su opinión, la libertad intelectual palidecía ante la amenaza del comunismo. Su explicación, su enardecido apoyo a las tácticas rimbombantes de McCarthy, fue equivalente a una súplica.

Incluso después de que McCarthy perdiera el favor de los norteamericanos, después de su completa desacreditación en 1954, Véra siguió convencida de que sus reacciones desmesuradas eran preferibles a lo que ella consideraba una clara muestra de la típica complacencia norteamericana. Su fervor sobre esta cuestión dio por resultado un encendido intercambio con Mark Vishniak, antiguo profesor de Derecho, secretario general de la Asamblea Constituyente de 1918 y editor de los *Contemporary Annals*, que desde 1946 fue asesor de la revista *Time* en asuntos relacionados con la Unión Soviética. Anna Feigin, que vivía en Nueva York no lejos de Vishniak, escribió a su prima para decirle que Vishniak había dicho de ella que era «una admiradora de McCarthy». A Véra le sobresaltó la idea, más por el hecho de que en Nueva York se hablase de ella que por el hecho de que Vishniak valorase de ese modo sus planteamientos políticos. Le escribió para decirle que se había echado a reír al saber que alguien la describía como una admiradora, habladurías que una persona de la estatura moral de Vishniak no podía tomarse en serio. Sin embargo, el calificativo de Vishniak seguramente tiene disculpa al saber cómo prosiguió Véra su misiva:

Supongo que McCarthy es una figura insignificante, aunque inflada de forma exagerada por los bolcheviques y quienes los respaldan, de modo que así pueden esconderse tras sus espaldas. Mucho más importante, considero que el hecho de no estar al cien por ciento con todos esos hombres de muy dudosa probidad política que se pronuncian contra McCarthy no significa que una esté a favor de McCarthy. Asimismo, considero que todos los agentes soviéticos, y el comunismo en todas sus manifestaciones, debieran ser extirpados del gobierno cuanto antes, cosa que no siempre se lleva a

cabo con la suficiente celeridad ni con la debida competencia. Entiendo que cualquier Hiss, y son muchos, es más peligroso que todos los McCarthy y otros demagogos baratos por el estilo.

Por lo general, sostenía que las medidas firmes eran la única respuesta comprensible para el comunismo, actitud que posteriormente asombraría a sus amigos del medio académico. En 1955, sus preocupaciones siguieron alimentando toda clase de rumores. «A fin de cuentas», escribió a Vishniak, «en determinados círculos de Norteamérica estar ahora mismo a favor de McCarthy se considera un delito llamativamente más grave que facilitar secretos militares a los agentes soviéticos». Le preocupaba que los alegatos en contra de ella no fueran tan inocentes como podrían parecer.

Vishniak se sorprendió tanto al tener noticias de Véra como al conocer el contenido de su carta. La conocía más bien de lejos; virtió su comentario en el transcurso de una conversación intrascendente. Pensó que Véra estaba haciendo una montaña de un grano de arena, demostración evidente de que conocía a Véra Nabokov más bien poco. Seguramente, sugirió en su respuesta, existía un terreno intermedio entre ambas posturas. Después de todo, era imposible que ella afirmase que él era bolchevique; a él, McCarthy le parecía una figura de primera magnitud, y su conducta le parecía desorbitada. No se debía subestimar su influencia. Veinte años mayor que Véra, Vishniak había sobrevivido a los mismos acontecimientos históricos que ella. Su postura era interesante. A ella le recordó que muchas figuras en apariencia inanes resultaban ser todo lo contrario. Le advirtió que no debía encubrir al desaforado McCarthy, al igual que no debía tachar de bolcheviques a todos los que estuvieran en su contra. A Véra no le hizo mella su argumento: «Sigo considerándole [a McCarthy] una figura tan sólo episódica, pues la auténtica amenaza son esos horribles agentes que se han atrincherado en varias instituciones, incluso en las más secretas», escribió. Si acaso, le amargó sobremanera la negativa de Vishniak a divulgar sus fuentes. No tenía la menor intención de

reconsiderar sus fuentes, aun cuando entendía que se la había difamado.

Algo que un emigrado como Vishniak sin duda comprendió, aunque a casi todo el mundo le pasara por alto, fue que para una persona como Véra lo primero eran los principios, no las personas. En el intercambio de pareceres a propósito de McCarthy, los dos adoptaron una especie de código de duelistas. En un momento determinado, Vishniak le pidió a Véra el reconocimiento formal de que el «incidente» estaba subsanado. Y Véra respondió así: «Basta. ¿Hubo de veras un incidente?». Ninguno de sus hábitos iba a dar forma de manera tan insistente a la combativa década que entonces empezaba, por comparación con su obstinada, irritante dedicación a los principios<sup>7</sup>. En este sentido dejó muy atrás a su esposo, para el cual el honor personal siempre tuvo la máxima importancia, si bien limitó sus compromisos con el mundo al universo de la literatura. Para Véra, los principios lo eran todo. Incluso podían viciar la verdad. Los Nabokov creían que Marc Slonim, emigrado y crítico, recibía cheques mensuales de los soviéticos. Véra siempre negó categóricamente que tuviera algún parentesco con Slonim. (El resto de la familia no estaba de acuerdo con esto.) Cancelaron unas vacaciones en Francia en 1967 cuando De Gaulle retiró las tropas francesas de la OTAN. Un vendedor de coches de Ithaca subestimó gravemente la cólera de Véra. Cuando fue a recoger el Buick nuevo que había encargado, seguramente en 1957, lo hizo con el cheque ya cumplimentado. El vendedor anunció a su clienta, de aspecto tan encantador, que en la transacción era preciso tener en cuenta una serie de costes adicionales, pero vio con total indefensión que ella rompía el cheque en pedacitos y salía por la puerta sin efectuar la compra. El Buick Special lo compró en otro concesionario al precio pactado de antemano.

---

<sup>7</sup> El vocablo ruso *printsipialnost* ha sido definido como «el hábito mental de referir cualquier cuestión, por insignificante, concreta o trivial que sea, a una serie de elevados principios abstractos».

Véra dedicó bastante tiempo a investigar las armerías de París y la historia de las armas de fuego durante la primavera sabática de 1953. «Pasamos dos meses en Cambridge, o más bien en Widener», informó Nabokov en nombre de la pareja, de nuevo deleitada de vivir a tiro de piedra del colegio mayor donde se alojaba Dimitri. El linóleo rizado fue sustituido por una habitación de hotel; prosiguieron los trabajos del comentario al *Onegin*, en los que Véra hizo las veces de ayudante de investigación. Desenterró toda clase de detalles relativos a las armas de fuego en el siglo XIX, así como a los métodos de compresión de la pólvora; sobre sus hombros recayó la tarea de averiguar a qué hora salió el sol en la mañana en que tuvo lugar el duelo de Onegin con Lenski. (También trató de llevar a cabo un reencuentro con el amado Tomsy, que una tarde viajó al hotel Ambassador en taxi. Preparó el té con pastas para sus visitas y un plato de hígado troceado para el gato descarriado, que enseguida desapareció bajo uno de los sofás.) A mediados de abril llevó a Vladimir, a ritmo lento, hasta Portal, en Arizona. Alquilaron una pequeña casa de campo al pie de las montañas que hay en la esquina sureste del Estado, rodeados de cactus en flor, a noventa kilómetros de la civilización. Vladimir hizo el viaje «al borde del colapso nervioso», de lo débil que se encontraba por los días de cinco horas de luz diurna pasados en Widener. Estaba trabajando en *Lolita*; escribía con tanta furia que tenía la mano acalambrada todas las noches.

La faceta más vulnerable de Véra se reveló en Arizona durante aquella primavera. Al atardecer de un día de mayo, la pareja caminaba cerca del porche de la casa cuando Vladimir detuvo en seco a su esposa. Exactamente delante de ella había una gruesa serpiente de cascabel. A punto había estado de pisarla. Con un trozo de tubería, Vladimir asestó un poderoso golpe al animal; la serpiente aún pudo escupirle cuando se inclinó para cerciorarse de que estaba muerta. «San Jorge-Vladimir piensa conservar el trofeo: los siete crótalos de la cola», comentó Véra con admiración por el valor y la rapidez de re-

flejos de su marido. El apodo persistió durante algún tiempo. Su afecto por el desierto no sobrevivió al encuentro. «Para colmo, hace unos días que Vladimir mató a una serpiente de cascabel a pocos pasos del porche de la casa (vamos a guardar los siete crótalos), y eso lo aclara todo al menos por lo que a mí se refiere», afirmó antes de que los Nabokov hicieran las maletas y emprendieran un viaje de casi dos mil kilómetros hacia el norte, hasta Oregón. Hallaron refugio en la «apacible, pequeña ciudad universitaria» de Ashland, en una modesta casa rodeada de flores. El destino no lo habían elegido al azar: Dimitri tenía un trabajo de obrero de la construcción, durante el verano, en la zona; las mariposas de la misma eran nuevas para Vladimir, mientras que Humbert necesitaba más kilometraje. En este bello paisaje nació Timofey Pavlovich Pnin, en el supuesto de que no existiera desde antes.

Véra dedicó los meses de julio y agosto a mecanografiar *Lolita* al dictado de su esposo, pues el manuscrito no estaba lejos de encontrar su forma definitiva. Envio el primer capítulo de *Pnin* al *New Yorker* el 26 de julio; comenzó a colaborar en la versión rusa de *Conclusive Evidence*, obra de cuya compleción más adelante aseguraría no tener siquiera un vago recuerdo. Fue un verano sumamente productivo y feliz; Véra prefería de lejos el verde de Ashland, los lozanos rosales, al desierto. Dimitri se alojó con ellos, cosa que alegró a su madre más aún que su trabajo. Con el camión que conducía ya había logrado volcar una vez. Cuando lo rescataron de la cabina se lo encontraron colgando boca abajo en el asiento del conductor. Sobrevivir a los roces de su hijo con el peligro pasó a ser uno de los ingredientes esenciales en la vida de los Nabokov; antes, Véra ya se había quejado de que jamás podría acostumbrarse a su afición al montañerismo, y nunca lo hizo. Dimitri con el tiempo reconocería alguna muestra de la inquietud que esto causaba a sus padres en «Lance», el último cuento que escribió su padre. Los ecos se dejan sentir con toda claridad: en una carta de 1940, Nabokov se había referido a su hijo, cuando montaba en bicicleta, como «Lance»; un jactancioso y aventurero Lance Boke también aparece en *Pnin*,



no sin antes haber tomado prestadas las travesuras de Dimitri en la escuela secundaria, tal como el Lance de ficción se reviste de la vigorosa talla de Dimitri. Y tampoco hubo de aventurarse Vladimir muy lejos para trazar la descripción física de la señora Boke, cuya vivacidad y ánimo son ficticios, aparte de causar un efecto familiar, pero desvaído, en quien la ve: el de «la luz que se funde en un costado de su cabello brumoso». (Era preciso pagar un precio por el hecho de que Dimitri fuese tan valiente, como había reconocido Véra en sus notas para *Habla, memoria*: que el muy mimado chiquillo se convirtiese en un muchacho temerario. Aquellas preocupaciones de 1953 sólo fueron en aumento cuando se compró el primer MG. Se multiplicaron a comienzos de los años sesenta cuando comenzó a competir en carreras de automóviles al volante de un Triumph TR 3A, trucado para mejorar su rendimiento<sup>8</sup>. Cuando empezó a competir con lanchas fueraborda, su madre estuvo con los nervios muy alterados.) Ambos padres pasaron la primavera y el verano de 1953 incesantemente preocupados por él. Al cabo de muchos años, Véra se tomó todas esas tribulaciones como si tal cosa, o al menos como algo inevitable: «El cometido de un padre o una madre no es otro que el de preocuparse», diría con un suspiro. Sin embargo, no modificó los criterios elementales de su salud emocional. «Estamos mucho más a gusto aquí que en Arizona —escribió a su cuñada desde Oregón—. Lo principal es que Volodya está escribiendo muy bien.»

Sin embargo, la imagen de la serpiente de cascabel —noticias de la cual se filtraron en todas las cartas de ese verano— ardía inequívocamente ante sus ojos. La llegó a alterar de un modo como no la alteraban siquiera los brazaletes con insignias y el paso de la oca. Siempre recordaría la serpiente, un rebaño de vacuno, un oso adormecido, con un

---

<sup>8</sup> El Triumph fue sustituido por un Alfa-Romeo TZ hecho de encargo, con el que Dimitri compitió con éxito en 1964 y 1965. También se salió en dos ocasiones de la pista, a toda velocidad, sufriendo tan sólo heridas leves.

horror sin paliativos<sup>9</sup>. Para ella, las serpientes siguieron siendo durante mucho tiempo los depredadores más temibles; más adelante llegaría a declarar que todo funcionaría bien en este mundo si no hubiese serpientes por los alrededores y si no estuviera Jruschev en el Kremlin. En este orden de cosas, cuando Dimitri ofreció a su madre un viejo revólver de fabricación norteamericana, ya en la primavera siguiente, ella lo aceptó de mil amores, aunque para cambiarlo en la armería local por una Browning del calibre 38. A Dimitri no le sorprendió: «Le gustaban las armas de fuego. Siempre le gustaron». Había puesto mucho empeño en la adquisición de un arma, y le encantó la oportunidad de hacerlo. En diciembre de 1955 solicitó una licencia para llevar y usar armas de fuego. Cuatro integrantes de la comunidad académica de Cornell dieron fe de su buen carácter y testimonio de su capacidad de esgrimir un arma de fuego con cuidado y de manera razonable. El subcomisario de Ithaca le tomó las huellas dactilares de todos los dedos. Así como en el condado de Tompkins no abundaban las amas de casa que a sus cincuenta y tres años solicitaran tal licencia, Véra fue con toda seguridad la única que en toda la historia adujo por razón la necesidad de «protegermos mientras viajamos por zonas muy aisladas del país en el transcurso de nuestras investigaciones entomológicas». El humor de esa respuesta tal vez se perdiera, pero no así otras implicaciones: indicó que Rusia era su país de nacimiento, pero hizo hincapié en que había emigrado en 1920. La Browning era un arma que habría tenido serias dificultades para disparar, y que al parecer jamás disparó. Sin embargo, esa automática de la que nunca se disparó un solo tiro pendió de forma especialmente notoria sobre las escenas que se sucedieron, sobre todo

---

<sup>9</sup> En la primavera de 1949, cuando contemplaba la idea de hacer un viaje a Teton Park, Nabokov escribió en estos términos a un colega lepidopterólogo: «Mi esposa tiene algunas timoratas preguntas que formular acerca del oso pardo». El colega le respondió que Véra no tenía nada que temer de los osos, pero que sí debería saber cómo comportarse en presencia de un alce. (Dejándole un amplio margen de maniobra que demostrase todo su respeto.)

al relacionarse con la ubicuidad de Véra, su ferocidad, su exotismo, su opinión política... y la explosión que iba a detonar en Ithaca cuando el contenido de una caja de zapatos bien distinta se revelase al público en general.

De haber dependido solamente de ella, es muy probable que Véra hubiera sido la legítima propietaria de la Browning del calibre 38 durante años sin que nadie en todo Ithaca, al margen del oficial del registro, llegara a tener ni la menor idea. No obstante, el arma terminó por adquirir la costumbre de aparecer con cierta frecuencia en la palestra, sobre todo por deseo expreso de Vladimir. Jean-Jacques Demorest cenó con los Nabokov una noche, junto con el jefe del Departamento de Literatura, Joseph Mazzeo. Después de cenar, Vladimir propuso que su esposa mostrase el arma; tal vez los visitantes se dejaran convencer para tratar de arreglarla. Véra subió a la planta de arriba y extrajo el arma de un bolso de mano. Al parecer, el problema consistía en que no había retirado el pestillo del seguro con la fuerza necesaria, y una de las balas se había encasquillado. Los dos visitantes se quedaron patidifusos, aparte de ser incapaces de ofrecer ninguna ayuda con el mecanismo, que desconocían por completo. En esta ocasión, tal vez en otra —Mazzeo vio varias veces el arma—, Véra explicó que había adquirido la pistola para proteger a Vladimir de las serpientes de cascabel cuando saliera de excursión a cazar mariposas, imagen que, en ambos extremos del espectro zoológico, a muchos les pareció un espléndido resumen de la relación existente entre ambos. Guardada en la guantera del coche, la Browning viajó por todo el Oeste con los Nabokov. Jason Epstein, que había de ser el editor de *Pnin* años más tarde, también tuvo ocasión de ver el arma por invitación expresa. Su mujer estuvo a punto de desmayarse. El arma fue exhibida como explicación del porqué Véra —que por entonces residía en una casa un tanto aislada, en el lindero de los bosques que circundan Ithaca— no tenía miedo a nada; el efecto que provocó fue el contrario. Barbara Epstein se fue, tras la visita, con la impresión de que Véra pensaba que podía encontrarse indios salvajes por los alrededores, de

que los Nabokov estaban en todo momento sitiados. La conclusión no dejó de ser correcta, aunque la Browning poco tuviera que ver con ello. Sin embargo, se corrió el rumor por el campus, en donde se decía que el señor Nabokov acudía a clase armado y se comentaba que la pareja dormía con una pistola bajo el colchón, más que nada por si acaso los bolcheviques fuesen en su busca. (Epstein llegó a la conclusión de que Véra llevaba el arma, y Sibyl Shade debería haber tomado buena nota, para guardarse del presunto asesino del campus. Al recordar las escenas del aula de la Sala Goldwin Smith, dijo: «La verdad es que lo tenía bien cubierto».) Lo cierto es que el accesorio no requería demasiada imaginación, habida cuenta de la personalidad de Véra. Elena Levin nunca llegó a ver el arma, aunque no se sorprendió lo más mínimo cuando tuvo conocimiento de su existencia.

A la presentación de *Eugene Onegin* que ofreció Bollingen Press en 1964, tras tanto investigar en su día para esclarecer las circunstancias en que tuvo lugar el duelo descrito por Pushkin, Véra acudió con un elegante bolso de pedrería y asa de madreperla. Al festejo, seguramente por propuesta expresa de Nabokov, asistió Saul Steinberg, cuya manera de captar las imágenes en sus películas a la pareja le parecía sin igual. Terminada la fiesta, los tres se encontraron a solas en una calle del Upper East Side, junto con la pareja de Steinberg. «Véra, enséñale lo que llevas en el bolso», le indicó Vladimir con lo que a Steinberg le pareció un gran orgullo. Véra extrajo la Browning. Algo más delicada que la pistola que llevaba en Berlín, el arma sin duda tenía que abultar dentro de un bolso de noche; suponiendo que estuviera cargada, debía de pesar unos tres cuartos de kilo. A los ojos del gran artista, el gesto estaba cargado de simbolismo. Era como si Véra hubiera sido designada guardiana de la virtud de su esposo. Véra se habría estremecido al oír mencionar el simbolismo, pero a fin de cuentas era su marido quien pedía a sus alumnos que confeccionaran la lista del contenido del bolso de mano de Ana Karenina, hecho esencial para comprender al personaje.

«Tal vez le interese saber que está a punto de terminar una gran novela basada en una idea que, según cree, no se ha explorado nunca (al menos del modo en que él la aborda). Es una obra de más de 400 páginas, cuya trama se desenvuelve rápidamente», escribió Véra al editor francés de *Gógol* en noviembre de 1953, añadiendo que su marido había trabajado en la obra durante casi cuatro años<sup>10</sup>. Tras diversas insinuaciones a Pat Covici, de Viking, éste fue el primer anuncio hecho a un editor sobre la existencia de *Lolita*. Desde el regreso a Ithaca, en septiembre, Vladimir dedicaba dieciséis horas al día al manuscrito; sus obligaciones académicas, por comparación, parecían incluso relajantes. La versión rusa de *Conclusive Evidence* no dejó de pesar en el ánimo de los Nabokov; estaba prevista para junio, pero Vladimir, con la sensación de estar escribiendo el libro de nuevo, descubrió que iba a ser un proyecto interminable. (Mucho después se remitió el borrador definitivo a la Editorial Chéjov. En un desliz encantador, Véra data la carta con que acompañó el envío a día 1 de abril de 1854.) El 6 de diciembre disparó una salva triunfal: «V. me pide que os apunte que hoy mismo ha terminado el libro», anunció a los Hessen. Tres días después solicitó una entrevista personal con Katharine White, por motivos que prefería no consignar sobre el papel.

*Lolita* hizo su primer viaje a Nueva York a finales de diciembre de 1953, cuando Véra llevó en persona el manuscrito al despacho de White, en la calle 48 Este. En el paquete no constaba la dirección del remitente. Vladimir había puesto reparos a la idea de enviarlo por correo; Véra explicó que el nombre del autor no había de figurar junto con el manuscrito, que su marido de hecho se había propuesto publicar bajo seudónimo. Pronto se divulgó que sería Humbert Humbert. Exigió la promesa de que «se respetara escrupulosamente su deseo de guardar el incógnito». Sobre todo, no deseaban someter el manuscrito

---

<sup>10</sup> Según el diario de Nabokov, la había comenzado exactamente cinco años antes.

to a la editorial y, en particular, ocultarle su existencia al muy remilgado William Shawn. Desde el comienzo, los dos Nabokov reconocieron que el manuscrito era «una bomba de relojería»<sup>11</sup>. «En un ambiente de gran secretismo», Vladimir había prometido a Wilson que le dejaría echar un vistazo a las páginas mecanografiadas ya a comienzo del año. Si Véra tenía un gusto tan desarrollado por algo que no fuera la literatura, debía de ser por las conspiraciones: la señora de mediana edad, tan elegante, que llevó a la calle 48 Este las 459 páginas subversivas de un manuscrito que sólo su marido y ella estaban convencidos de que era la obra de un genio —con la misión de exigir garantías de secreto absoluto a otra distinguida señora, de la que por lo común se decía que era «formidable»— parecía exactamente el papel para el cual le habían preparado de manera inmejorable los años de silencio, exilio y astucia. (Por diversas razones, White no leyó el manuscrito hasta mucho más adelante. Tenía cinco nietas; a Vladimir le dijo que le mentiría si no dijera que le había perturbado el libro. Además, no le hacían ninguna gracia los psicópatas.)<sup>12</sup>.

Lo que pensaba Véra de ese manuscrito que parecía quemar su bolso está perfectamente claro. Ella había alejado a su marido del cultivo de la poesía; había atajado en seco la idea de los siameses. Y se castigaba por *Eugene Onegin*: «No puedo creer que le dejara embarcarse en ese proyecto», se reprochaba, tal como habría de hacer en múltiples ocasiones en lo relativo a los trabajos de traducción que emprendió su marido, pues a su juicio le habían costado unos cuantos títulos propios. Acerca de *Lolita* no tuvo semejantes escrúpulos. No por ello era ajena a los riesgos de la publicación —que el público interpretase erróneamente la obra no era el menor de todos ellos—

---

<sup>11</sup> La situación era de lo más delicado. Nabokov tenía la obligación de mostrar la obra a la revista, por más que supiera que no la podían publicar, pues necesitaba esa negativa —a ser posible, en secreto— antes de poder someterla a la consideración de otros posibles editores.

<sup>12</sup> «¿Acaso nos agradaría que nuestros hijos se casaran con Emma Rouault, Becky Sharp o *La belle dame sans merci*?», replicó Vladimir.

de las confesiones sexualmente explícitas de un europeo de mediana edad dedicado obsesivamente a requebrar a una muchacha pre-pubescente<sup>13</sup>. A su cuñada le presentó la situación con firmeza, pero también con delicadeza, cuando se le envió un ejemplar de la primera edición: «En cualquier caso, no lo juzgues hasta que no lo hayas leído hasta el final. No es pornografía, ni muchísimo menos, sino una sutilísima manera de sondear las honduras de un maníaco terrible, que además explora el trágico destino de una muchachita indefensa. (V. estudió las leyes para la protección de los huérfanos, y no existe ninguna que hubiera impedido este giro de los acontecimientos)». Semanas más tarde, al no tener noticias de Ginebra, volvió a escribirle. «V. teme que *Lolita* te haya dejado pasmada, y que por eso guardas silencio. No lo juzgues mientras no llegues al final. Es espe-luznante, pero es un gran libro.» Por más que afirmase que le parecía ridículo pensar siquiera que la novela pudiera topar con dificultades de cara a su publicación, entendía perfectamente lo que representaba el libro en la Norteamérica de los años cincuenta. Había oído hablar de primera mano acerca de los pesares de Wilson con sus *Memorias del Condado de Hécate*, una colección de relatos y una novela corta que fue retirada de las librerías y acusada de obscenidad en 1946. (En ese año manifestó su admiración por el libro. «¡Le tengo muchísimo aprecio a Wilbur!», aseguró a Wilson, hablándole del héroe del tercer relato. Cuando se agriaron sus relaciones con Wilson, Véra dio marcha atrás e insistió en que el Wilbur al que se había referido no era

---

<sup>13</sup> Maldiciendo la ingenua incapacidad del público lector cuando se trata de diferenciar al autor del protagonista, reconoció que la contienda sería «desagradable». Creía que la ingenuidad era un rasgo distintivo de los norteamericanos. En Suecia, su hermana despotricaba contra sus nuevos compatriotas por idénticas razones. Carl Proffer hizo esa misma observación acerca de la mentalidad de los rusos, seguro en la convicción de que «la realidad siempre subyace bajo la superficie de la ficción.» La propia Nadezhda Mandelstam aseguró a Proffer que «a su juicio, no había la menor duda de que el hombre que escribió *Lolita* nunca podría haberlo hecho, a menos que en su alma existieran esos mismos, desgraciados sentimientos por las niñas pequeñas».

otro que el poeta Richard Wilbur. Ciertamente, tenía aprecio por Richard Wilbur, pero en 1946 aún no lo había conocido. En privado, comentaba que *Memorias del condado de Hécate* la dejaba indiferente.) Por grande que fuera su fe en la santidad del arte, en ningún momento dejó de ser la madre que estaba convencida de que, a los doce años, su hijo era demasiado joven para leer a Mark Twain. «Pero es un gran libro», recordó a su cuñada. A renglón seguido, añadió: «Escóndelo de tu hijo». Ya había advertido que *Lolita* no era un libro para niños. No era conveniente que Elena lo dejase a la vista de cualquiera.

Pat Covici, el primer editor que leyó la novela, ni siquiera pensaba que *Lolita* fuese un libro para adultos, o al menos para cualquier adulto que no estuviera deseoso de cumplir una condena en la cárcel. Aconsejó vehementemente a Nabokov que no publicase la novela, añadiendo que el hecho de publicarla anónimamente no era sino una invitación abierta a que interviniese el tribunal de justicia competente. El manuscrito había llegado a su despacho sin firma. Nabokov se lo remitió sólo tras obtener de él una promesa escrita, «que legalmente les compromete a usted y a cualquier persona ligada con su editorial a no divulgar la verdadera identidad del autor bajo ningún concepto, a menos que yo le dé autorización formal para hacerlo». Las noticias de Covici llegaron a los Nabokov cuando Véra estaba enzarzada en la tormenta que todos los meses de enero le suponía la corrección de los trabajos de los alumnos, mientras Vladimir trabajaba sobre las andanzas de otro europeo de mediana edad, alojado en casa ajena y en régimen de media pensión, como Humbert, con las cuales sustituyó *Lolita* sobre la mesa del editor quince días más tarde. La primera hija, la preferida, le fue devuelta por correo urgente sin que en el paquete se indicase el nombre de un autor. Ese mismo día, Vladimir trató de interesar a New Directions por su bomba de relojería, pero descubrió que Laughlin estaba fuera del país. En marzo, el muy sesudo Wallace Brockway, de Simon & Schuster, hizo una visita a la pareja para comentar una nueva edición de *Ana Karenina*, a la cual Vladimir habría de aportar el aparato crítico. Nabokov aprovechó el



encuentro para hablar con el editor de otra muchacha que también topa con un trágico y prematuro destino; el 18 de marzo, en dos carpetas negras de anillas, el manuscrito quedó en poder de Simon & Schuster bajo las habituales condiciones de confidencialidad absoluta<sup>14</sup>. Vladimir estuvo sumamente ocupado a lo largo del semestre (como dijo Véra después, «estaba metido hasta las orejas en *Pnin*»), trabajando simultáneamente en las notas para la novela de Tolstoi<sup>15</sup>. En un principio aspiraba a terminar *Pnin* a lo largo del mes de junio; iba a pasar fuera un año entero, aunque Covici le ofreció un contrato de edición basándose tan sólo en los primeros capítulos. Diez semanas después de enviar a Brockway el manuscrito, Véra se tomó la libertad de apremiarlo —escribiéndole a su domicilio— para que emitiese su opinión acerca de «la novela de H. H. y de L.». A finales de junio, Brockway hubo de reconocer que sus colegas sólo veían pura pornografía en el libro. Le sugirió que hablase con Barney Rosset, de Grove Press. Nabokov siguió impertérrito, aunque cayó en la cuenta de que tal vez fuera necesario contar con los servicios de un agente para colocar la novela. Y para ello estaría dispuesto a ceder una suntuosa comisión del 25 por 100. Probablemente porque Laughlin aún estaba de viaje, el manuscrito pasó el resto del verano en Ithaca, en un cajón cerrado con llave. El autor tomó buena nota de no olvidar dónde había guardado la llave.

Fue Véra quien tomó a su cargo la idea, es de suponer que por sugerencia de Covici, de que la novela tal vez tuviera ciertas posibilidades de encontrar editor en el extranjero. El 6 de agosto de 1954, desde Taos, estado de Nuevo México, escribió a Doussia Ergaz, la agente literaria rusa que desde tiempo atrás se ocupaba de la obra de Nabokov en Francia, habitualmente dotada de abundantes recursos.

---

<sup>14</sup> Brockway parecía el lector perfecto. Era una suerte de experto de la casa, muy culto, aunque trabajaba fuera de las oficinas de la editorial, como editor «free-lance», razón por la cual era poco probable que compartiese el manuscrito con quien no debía. De hecho, fue exquisitamente discreto.

<sup>15</sup> Nunca se publicaron como tales.

A una serie de informes sobre asuntos domésticos, Véra añadió una última pregunta: «Mi marido ha escrito una novela de una originalidad extrema, pero que debido a la estrecha moralidad de este país parece que no podrá publicarse aquí. ¿Qué posibilidades hay de que se publique (en inglés) en Europa?» Le rogó que le respondiera con la máxima celeridad, proporcionándole la dirección postal de Taos, en la que contaba con permanecer hasta finales de mes. El verano había sido desalentador. Financieramente, los veranos siempre fueron difíciles, y el de 1954 fue especialmente magro. *Pnin* en realidad no podría empezar a dar beneficios hasta el año siguiente, y *Lolita* empezaba a revelarse como una hija muy poco dispuesta a cooperar en la pronta solución de sus desvelos. Dimitri no estuvo mucho mejor: pasó la última parte del semestre en libertad condicional por disparar petardos —con ocasión de su vigésimo cumpleaños— y Véra aún estaba más alarmada por el hecho de que cuando no le quedaba más que un año de estudios universitarios, sus planes para el futuro distaban mucho de ser coherentes. Vladimir estaba decaído por todo el «fiasco» de *Lolita*. La novela le había costado casi cinco años de trabajo, y era de lejos la mejor de sus obras en inglés. Los tres Nabokov tampoco vieron que su alojamiento en las afueras de Taos, que habían alquilado por correo, fuera tan espléndido como esperaban antes de llegar. Como escribió Véra al dueño de la casa de adobe más adelante, «nunca se habían encontrado con una descripción que discrepara tanto de la realidad». La mujer que tan hondamente sintonizaba con la elasticidad de las palabras llegó a maldecir ese poder que las palabras tienen:

Contábamos con encontrar una casa pequeña, «con hectárea y media de terreno ajardinado». Nos encontramos en cambio una casa pegada a la carretera, con una franja estrecha, casi intransitable, de huerto en malas condiciones. No había sitio para caminar, ni siquiera para sentarse al aire libre, ya que el patio no proporcionaba intimidad alguna, teniendo en cuenta que la familia Martínez circulaba continuamente

por la reja. Por si fuera poco, cuando soplaba viento sur el olor de la cloaca penetraba en el patio e impregnaba la casa... El «alegre torrente de montaña» resultó ser una simple acequia de riego. El polvo e incluso la arena caían continuamente de los techos; por las puertas entraban las moscas, ya que las mosquiteras eran defectuosas; los ratones ensuciaban las estanterías y los cajones con sus excrementos. Cuando llegamos, decidimos marcharnos; luego decidimos hacer la prueba y quedarnos.

En carta a su cuñada abandonó todos los eufemismos, describiendo un patio repleto de gallinas y la molesta presencia del clan de los Martínez.

Tampoco Taos encandiló a la pareja. La localidad a Véra le pareció «un Greenwich Village de segunda categoría»<sup>16</sup>; se sintió más tranquila al comprobar que se encontraba a quince kilómetros. Cuando un amigo del dueño de la casa trató de echar una mano a los Nabokov a la hora de acomodarse, Véra lo recibió con impávida frialdad, sin darle la bienvenida. Como la casa carecía de teléfono, se mostró dispuesto a visitar en persona a la familia. Véra hizo frente a sus propuestas, resistiéndose a duras penas al complicado *picnic* que había preparado, disculpándose al poco de llegar a tomar el té cuando el amigo en cuestión invitó a su casa a los huéspedes. Deleitado al saber que este leal lector del *New Yorker* conocía su obra, Vladimir se mostró más receptivo a sus atenciones. Le pidió que les presentase a Frieda Lawrence, presentación que el anfitrión delegado se mostró encantado de llevar a cabo. Véra vetó el plan. «Es una mujer temible, no deseo conocerla. No quiero ir, y no quiero que tú vayas sin mí», respondió. Condenó sin paliativos la famosa ventana por la que la escritora arrojaba los platos, no se mostró en modo alguno afectuosa con su vida doméstica y tal vez por entonces sufriese debido a la suya:

---

<sup>16</sup> Taos «es un hórrido agujero, lleno de pintores de tercera clase y de sarasas avejentados», comentó a Wilson su marido.

a comienzos de agosto, dos ardillas se ahogaron en la cisterna de la cual extraían los Nabokov el agua potable. Los animales fueron descubiertos sólo después de que toda la familia tuviera problemas intestinales.

Los desabridos vecinos, los cadáveres de las ardillas, el manuscrito que actuaba como un *boomerang* y las complicaciones financieras palidecieron a la luz de un momento de agosto, en el que Véra se descubrió un bulto duro en el pecho. El martes 10 de agosto se presentó en la Clínica Lovelace de Albuquerque, donde un médico le diagnosticó un tumor canceroso. Al día siguiente, Véra telegrafió a su hermana Sonia a Nueva York, pidiéndole que le concertase una operación quirúrgica de urgencia, cosa que en efecto llevó a cabo aunque para ello un médico tuviera que cancelar sus planes para el fin de semana. Los tres Nabokov se marcharon precipitadamente de Nuevo México, o al menos se marcharon con toda la precipitación que les fue posible, pues se había anunciado una huelga general de las líneas aéreas. El jueves, Dimitri llevó a su madre a una estación del tren «Superchief», que hacía una mínima parada entre Taos y Santa Fe. Si llegó a perder la compostura, no fue en presencia de su familia. Por su parte, Vladimir se puso histérico. En lo tocante a sus propias enfermedades siempre se portó como un caballero, pero la posibilidad de perder a Véra le dejaba siempre a merced de un pánico cervical. Dimitri nunca vio a su padre tan alterado como al día siguiente, cuando los dos emprendieron la persecución del tren por todo el país, «a una velocidad de vértigo, con algún que otro reventón, a bordo del Buick de la familia». Dimitri trató de distraerle con comentarios superficiales. «¿Cómo puedes hablar de eso mientras tu madre se muere de cáncer?», le preguntó Vladimir a modo de reprimenda. Superó su pena negra en Nueva York, donde le fue extirpado a Véra el tumor en el Hospital Monte Sinaí inmediatamente después de su llegada. Resultó ser benigno.

No fue ésta la primera carrera que hizo Véra a través de un continente mientras le resonaban en los oídos noticias calamitosas. Después de cruzar Ucrania, y de la travesía de Alemania en 1937, des-

pués de la enloquecida carrera hasta Saint-Nazaire para tomar el barco, bien podía disculpársele que hubiera adquirido una aguda fobia a los ferrocarriles, aunque no fuera así. Cuando en 1961 Lisbet Thompson se llevó un susto similar, Véra le recomendó su correctivo predilecto, una fuerte dosis de disciplina mental: «Toma buena nota de todos los síntomas, consulta a un buen especialista y no permitas que esos pensamientos pesimistas te preocupen en demasía. Esos pensamientos se le ocurren a cualquier ser vivo. La única manera de mantener la cordura y el bienestar consiste en combatirlos con toda la fuerza de voluntad que puedas tener», aconsejó a su amiga. A esa misma conclusión llegó a raíz de su desventura, en 1954, cuando se le comunicó con gran certeza que tenía un cáncer de mama. «Es preciso, lisa y llanamente, endurecerse y fortificarse y no dejarse llevar por tales pensamientos», instruyó a Lisbet. (La única víctima de los repetidos diagnósticos erróneos fue la confianza que tenía Véra en la medicina norteamericana; terminó por suponer que era una mezcla de raciocinio improbable y de magia negra.) Así como a los amigos se les hablaba de una racha de salud delicada, la indisposición de Véra fue típicamente descrita como un problema de vejiga o de hígado. Sin pararse a pensarlo difundió la noticia de que se iba restableciendo rápidamente. El 23 de agosto estaba en condiciones de escribir al casero de Nuevo México desde el apartamento que tenía Anna Feigin en Nueva York. Con suavidad, sugirió que condonase el mes de alquiler que le debía la familia. A pesar de las circunstancias, fue un regalo del cielo; después de los gastos hospitalarios, los Nabokov ni siquiera pudieron enviar el cheque mensual que remitían a la familia de Vladimir. Regresaron a Ithaca «en un estado lamentable, en la indigencia y endeudados». A los pocos días de su regreso, la respuesta que envió Doussia Ergaz a la carta de Véra del 6 de agosto llegó a Taos. Tardó algún tiempo en llegar a manos de la pareja. Ergaz conocía exactamente al editor adecuado para *Lolita*. Le encantaría ver cuanto antes el manuscrito en cuestión.

El 1 de octubre *Lolita* hizo su cuarto viaje a Nueva York, acompañada por una carta sin firmar; Laughlin leyó la novela de inmedia-

to y con la misma rapidez la rechazó. También él se pronunció en contra de la publicación, que se le antojaba un acto de autodestrucción para el autor y para el hipotético editor de la misma. Impertérrito, Nabokov le indicó que pasara el manuscrito a Roger Straus, de Farrar, Straus & Young, con elemental cuidado de no hacer uso de los servicios postales, que no en vano eran la vanguardia de la censura, ya que la Ley Comstock declaraba delictivo el hecho de distribuir obscenidades por correo<sup>17</sup>. Straus dedicó más tiempo al examen de la novela, pero el 11 de noviembre concluyó a regañadientes que era imposible publicar la novela en Estados Unidos sin el grave riesgo de una ardua batalla en los tribunales, que a su juicio difícilmente podrían ganar<sup>18</sup>. Por si fuera poco, ningún editor «en su sano juicio» llegaría a pensar en meterse en semejante berenjenal en nombre de un autor anónimo. Nabokov no tenía la intención de adherir su nombre ni siquiera a un extracto para la pre-publicación, aun cuando reconociera que tal vez cambiase de opinión en el plazo de un año.

Fue Véra quien respondió a la carta de Straus. El rechazo de la novela no fue tan doloroso como el hecho de que el editor mencionase que Vladimir tal vez tuviera conocimiento de su lectura «por medio de varios amigos comunes». Esta alusión disparó la alarma en Ithaca. ¿En quiénes estaba pensando Straus?, le preguntó Véra. Straus reconoció que había comentado el manuscrito con Edmund Wilson y con su mujer, Elena, así como con Mary McCarthy y con su marido, Bowden Broadwater<sup>19</sup>. Esta noticia pareció aplacar a

---

<sup>17</sup> Cinco años después, *El amante de Lady Chatterley* sería víctima del Servicio Postal de los Estados Unidos. En 1953, una revista literaria de Cornell fue calificada como no apta para su distribución postal, y se confiscó toda la tirada.

<sup>18</sup> En el transcurso de estos meses, por consejo de su abogado, Straus también se resistió a los esfuerzos de Wilson por reeditar sus *Memorias del Condado de Hécate*. Los destinos de ambas obras de ficción iban a seguir curiosamente entrelazados.

<sup>19</sup> En algunas ocasiones, en el Nueva York de 1955 daba la sensación de que todo el mundo había leído o estaba leyendo el manuscrito. Así se podría explicar por qué el 27 de agosto de 1955 el *New Yorker* publicó un relato corto de Dorothy Parker acerca de otra viuda, su hija jovencita y el pretendiente de la hija, centrado en el

Véra, cosa que no hubiera ocurrido caso de que conociera la reacción de tales amistades. Con la excepción de Elena Wilson, quien compartía con ella su altísima opinión de la obra, el consenso fue que el autor de la misma había perdido la cabeza. «Nuestro pobre y querido amigo claramente se había vuelto majareta», fue la reacción en casa de la pareja McCarthy-Broadwater. A sugerencia de Wilson, Jason Epstein pidió permiso para ver el manuscrito. No añadió que Wilson ya le había dado una opinión previa, por llamarla de algún modo, ni el talante con que Wilson había motejado el contenido de las dos carpetas negras de anillas. «Es repugnante», dijo a Nabokov el más antiguo y enérgico de sus valedores en los Estados Unidos, palabras que sólo rebajó de tono levemente cuando escribió al propio autor<sup>20</sup>. La verdad es que el libro agrió temporalmente a Wilson. «¿Has leído su *Lolita*, por cierto? Me pareció tan repulsiva que me ha hecho tomarle bastante antipatía», se quejó Wilson al año siguiente. (Elena Levin sospechaba que la novela le resultó de tan mal gusto por la misma razón por la que se resistió White a leerla: Wilson tenía una hija muy pequeña. Harry y Elena Levin no tuvieron tales problemas con la novela, que de hecho les resultó admirable y sumamente erótica. Sí que comprendieron, no obstante, el súbito interés que su amigo tuvo antiguamente por su hija pre-

---

romance que florece en el coche del pretendiente. El relato no tiene nada en común con la novela de Nabokov —de hecho, es casi la antítesis de una novela fraguada sobre esos mismos elementos—, con la salvedad de un curioso detalle: toma su título del nombre de la heroína, que no es otro que Lolita. Vladimir lo señaló «con un alarido de desazón». White le tranquilizó y le dijo con toda firmeza que sus sospechas eran infundadas. Aún le aseguró que su libro sin duda se publicaría pronto; como todo el mundo sabe, la publicación de un libro no es algo que se improvise, sino que lleva su tiempo, de modo que nadie daría en suponer que él le había robado el título a Parker. Nada podría estar más lejos de sus pensamientos.

<sup>20</sup> Habían pasado ocho años desde que Nabokov no logró apreciar el mérito de *Memorias del Condado de Hécate*, obra en la cual Wilson incluso introdujo una alusión a su amigo ruso. Nabokov dijo a Wilson que le parecía un fallido homenaje a *Fanny Hill*. Wilson, a su debido tiempo, diría lo mismo de *Lolita*.

pubescente, a la cual Vladimir llegó a entrevistar de forma exhaustiva.) A comienzos de diciembre, envió a Epstein el manuscrito, no sin antes obligarle a realizar las habituales promesas sobre su riguroso incógnito.

A finales de 1954, un año después que Pat Covici, Epstein leyó *Lolita* para Doubleday y la rechazó. El informe que remitió al director de la editorial es una obra maestra del sentido común. A Epstein, la obsesión de Humbert, así como la exhaustiva e íntima relación que de ella hace en su papel de narrador, le parecieron también repulsivas; en lo que a la trama se refiere, el libro a lo sumo estaba demasiado alargado. Sin embargo, sí reconoció la búsqueda de la conciencia latente tras la autodestrucción de Humbert que llevaba a cabo el autor. «Que la pasión haya de ser tan sórdida no es sino la marca de agua de la perversidad del autor —y es un hombre de una perversidad notabilísima—, pero esto no priva a la novela de los méritos que sin duda posee», escribió, votando en contra de la obra sobre la base de su «desmesurada perversidad», aunque abogando al tiempo por algún informe de lectura adicional. «Sin dar a entender ninguna comparación cualitativa, sería justo señalar que ha escrito *Por el camino de Swann* como si fuese James Joyce», concluyó Epstein, que así fue el primero en reconocer lo que tan sólo creían Véra y Elena Wilson. Viking, Simon & Schuster, New Directions, Farrar, Straus y Doubleday fueron, así las cosas, «los cuatro editores norteamericanos, W, X, Y y Z» —es evidente que debiera haber dicho cinco— que, según Nabokov, tuvieron acceso al libro muy al principio. Ninguno de ellos parece haber aconsejado al autor que transformase a su chiquilla de doce años en un muchacho algo mayor ni a Humbert en un granjero, al contrario de lo que Nabokov afirmó más adelante<sup>21</sup>. Sin embargo, ninguno de los cinco se prestó a publicar la novela.

---

<sup>21</sup> No cabe duda de que se trata del mismo editor ficticio que propuso a Nabokov que salvara *La defensa* por el sencillo procedimiento de transformar a Luzhin, el jugador de ajedrez, en un violinista demente.



«Si al menos todo encajase cuanto antes en su sitio...», se quejaba Véra en enero de 1955, lamentándose de los hijos y su escasa aplicación en los estudios, de las dificultades financieras que ese invierno resultaron tan agudas como crónicas, así como de su propia salud. Llevaba todo un año bastante achacosa, ya fuera por una cosa o por otra, y estaba aburrida de su delicada salud. No hizo mención alguna de las cartas de rechazo que se iban acumulando en sus archivadores, ni de la semana que dedicó a dar clases en nombre de su marido. (Su actitud respecto a las cartas de rechazo queda bien clara por el consejo que le dio a Sylvia Berkman, que por entonces tuvo ciertas dificultades para colocar un relato en algún medio de comunicación. Véra le aconsejó paciencia, así como que pensara a largo plazo: «Piensa en todas las cartas de rechazo que recibieron las personas que más adelante llegaron a ser sumamente famosas, de modo que los mismos editores que los machacaron no dejaron de pedir a gritos algún manuscrito suyo», escribió, y eligió como ejemplo a Sinclair Lewis, cuyas obras denostaba su marido desde años atrás.) A la postre, las cosas efectivamente encajaron en su sitio, aunque los meses que transcurrieron hasta que así fue le resultaron agotadores. En febrero, *Lolita* atravesó el Atlántico. Vladimir no se había hecho ilusiones; sospechaba adónde enviaba el manuscrito. «Supongo que será finalmente publicado por alguna sombría editorial que tenga un nombre propio del sueño vienes, como “Silo” o algo así», predijo<sup>22</sup>. Tampoco postergó ni un solo día el momento de enviar *Lolita*. El manuscrito fue devuelto desde Doubleday y enviado a Doussia Ergaz en una misma semana, cosa que da a entender que la pareja había tomado ya la decisión inapelable de renunciar a toda esperanza de hallar editor

---

<sup>22</sup> Al menos tenía una pista. Ergaz le había escrito para decirle que la editorial que tenía en mente para colocar el manuscrito era una de las que publicaban obras que «nadie se atrevería a publicar» en Inglaterra.

en Estados Unidos, al tiempo que optaron por probar suerte en el extranjero. En términos generales, la correspondencia de ambos disminuyó drásticamente en esta época. Hasta los Karpovich se preguntaron qué habría sido de ellos.

El año fue consumido en su mayor parte por *Pnin*, aunque eran tantos los proyectos que se acumulaban en la vivienda de Stewart Avenue que Nabokov tenía sobradas razones para solicitar la concesión de un año sabático. (Y se le concedió la excedencia solamente durante el semestre de primavera de 1956.) Éste fue el invierno en que se esperaba la traducción al ruso de «El viejo y el pez», proyecto que casi con toda seguridad fue exclusivamente asunto de Véra. Nabokov había escrito a la Editorial Chéjov en primera persona del plural para indicar que esperaban recibir la novela, y con anterioridad había hecho esta propuesta: «En efecto, tengo un traductor de primerísima categoría para ustedes, y se trata de mi esposa, Véra Nabokov. Durante los treinta años que llevamos juntos es mucho lo que ha traducido para mí, por lo que puedo recomendarla con pleno conocimiento de causa». Con un nuevo libro en camino, era sumamente improbable que se hubiera prestado a traducir nada, y mucho menos a Hemingway. Así como el proyecto jamás llegó a materializarse, Nabokov sí convenció a Jason Epstein de que le encargase una traducción al inglés de *Un héroe de nuestro tiempo*, la novela de Mijail Lérmontov, trabajo en el que Véra había de colaborar con él. Toda la industria de Stewart Avenue dio fruto hacia la primavera: el *New Yorker* adquirió los derechos de «Pnin's Day», el primer capítulo de la novela<sup>23</sup>, que de hecho apareció durante la semana de abril en la que Vladimir cumplió cincuenta y seis años, la misma semana en la que Doussia Ergaz les informó de que había leído *Lolita* y que le había entusiasmado. Tenía previsto compartir su hallazgo al día siguiente con el editor de *Historia de O*.

---

<sup>23</sup> La misma revista publicaría también los capítulos 3, 4 y 6 de *Pnin* en su primera versión. En castellano, como en inglés, en forma de libro se publicaron los capítulos sin titular. [*N. del T.*]

El agente de la providencia adoptó una forma harto inverosímil: la de Maurice Girodias, el vistoso editor de *Los ángeles del látigo*, *Memorias de una mujer entregada a sus placeres* y una miríada de clásicos semejantes, que asumió la publicación de *Lolita* de inmediato<sup>24</sup>. «Sentí que tenía el evidente, inmediato deber de publicar el libro», recordaría, mucho más cautivado por la novela de lo que le impresionó la delicada descripción que le había hecho Ergaz, a raíz de la cual se quedó a la espera de una prosa hinchada y erudita o, peor aún, de algo «terroríficamente respetable». Su segundo y tercer lectores quedaron igualmente anonadados. La única condición que impuso Girodias, antes incluso de leer el manuscrito, fue que el autor firmase la obra con su nombre. «Si el editor decidiera proponer un contrato en términos muy favorables, me tentaría publicar el libro bajo mi propio nombre», accedió Vladimir, aunque no sin advertir a Dousia Ergaz que cualquier propuesta de supresión de algún fragmento de la novela estaba completamente fuera de toda consideración. Debía de sentirse harto de que le pidieran que firmase la novela, aparte de sentirse más cómodo al hacerlo para un editor del cual le separaba un océano. Sabía muy bien qué distante resultaba la reputación de tales autores<sup>25</sup>. Se acordó un adelanto de cuatrocientos mil francos, o de

---

<sup>24</sup> La habilidad de Girodias a la hora de concitar tales obras maestras y llevarlas de la mano al terreno de la mera existencia era de una ingeniosa sencillez. Vendía con antelación los volúmenes a una selecta clientela, a la que atraía mediante títulos y solapas de su invención, relativos a obras como *Muslos blancos*, *La vida sexual de Robinson Crusoe*, etc. Cuando le llegaba el importe de los pedidos, adelantaba una cantidad a los autores, quienes se apresuraban a entregar sus manuscritos, que más o menos encajaban con la descripción inicial.

<sup>25</sup> Diríase que en 1955 cambió de parecer, respecto al año anterior, sobre la posibilidad de adherir su propio nombre a la novela. En 1954 ya había avisado con cierta regularidad que tal vez al cabo de un año cambiase de opinión. Al margen del nivel de frustración que había alcanzado, el único factor que acaso desempeñase un papel de importancia en la toma de la decisión fue la solicitud de plaza que había hecho Dimitri en la Facultad de Derecho, que seguramente estaba pendiente de confirmación en el invierno y la primavera de 1954-1955. Dimitri no está de acuerdo en que su solicitud tuviera la menor influencia sobre los actos de su padre.

unos mil dólares más o menos: Vladimir remitió por telegrama su beneplácito. Esta cantidad duplicaba el máximo que Girodias había pagado con anterioridad por un libro. Ergaz redactó un simple contrato de doce cláusulas en el que garantizaba a Girodias la explotación de la obra en lengua inglesa; Vladimir lo firmó ante notario en Ithaca el 20 de junio<sup>26</sup>. Deben de ser las dos páginas que Véra más veces analizó en todos sus pormenores sintácticos y semánticos a lo largo de la década siguiente, hasta el punto de que seguramente se las aprendió de memoria. La editorial de Girodias, Olympia Press, de inmediato comenzó a preparar la edición con ánimo de aprovecharse de la oleada de turistas anglosajones que anualmente invadía París en otoño. Tras una larga espera, la publicación de *Lolita* se aceleró todo lo posible.

Poco después de acceder a la publicación de la novela en París, los Nabokov compartieron la buena nueva con Morris Bishop, el cual reconoció estar mucho más preocupado que alborozado. Bishop era tan capaz de componer una quintilla subida de tono, o más, que cualquier erudito que condujera un Jaguar, pero a pesar de todo le alarmó la noticia de Vladimir. «Le interrogué sobre el escabroso asunto», confió a su mujer. «Trata de un hombre al que le gustan las niñas pequeñas, asunto que (entiendo que no me equivoco) en este país es completamente tabú. Dice que no hay una sola palabra indecente, y que en realidad es una historia trágica, terrible. En fin, confío que no sea un verdadero escándalo.» Sus admoniciones no eran por cierto lo que ninguno de los Nabokov deseaba escuchar de labios de nadie. El deleite de ambos al saber que esa hija inadaptada por fin había encontrado su hogar debió de superponerse a la aprensión que pudie-

---

<sup>26</sup> Ni el autor ni el editor se pararon a considerar tres pequeñas cuestiones en el momento en que se redactó el contrato: que la novela tuviera el más mínimo potencial comercial, que alguna vez llegara a publicarse en Estados Unidos, que los derechos cinematográficos de la misma tuvieran algún valor. Girodias se dispuso a perder una fortuna, convencido de que la novela era demasiado bella, demasiado sutil, para venderse realmente bien.

ran sentir; tal vez así se explique por qué pensó Bishop que su amigo defendía su novela tal como cualquiera defendería a su hija subnormal. Vladimir sabía que la obra era provocativa muy al margen del asunto que trataba —había enviado páginas seleccionadas a Dimitri, por entonces de veintidós años de edad, diciéndole que «están llenas de pimienta, de pólvora incluso»—, pero esta vez era mucho más lo que estaba en juego: Norteamérica, y Cornell en concreto, representaban sendos refugios por los cuales los Nabokov habían luchado a brazo partido y durante muchísimo tiempo. Véra compartió sus temores con Alison Bishop, quien de hecho la encontró completamente desquiciada de pura preocupación. Su marido tenía cincuenta y seis años. ¿Cómo iba a encontrar otro trabajo? Con el tiempo desmentiría rotundamente haber tenido tales aprensiones, y lo hizo con la misma vehemencia con la que negaría que su marido había intentado publicar la novela bajo seudónimo, acto que retrospectivamente le parecía tan incriminador como le pareció criminal el no haberlo hecho en su momento. Sobre ambas opciones Véra protestó en exceso<sup>27</sup>. Por si fuera poco, sus sentimientos siempre estuvieron alineados con los de su marido, el cual expresó una notable preocupación por lo que pudiera ocurrir en Cornell después de la publicación, ya que en Cornell cabía la posibilidad del despido por «bajeza moral». A resultas de todo ello, accedió a que Girodias hiciera uso de su nombre, pero hizo grandes esfuerzos para cerciorarse de que no apareciera el de Cornell. Una de las grandes ironías de la publicación de *Lolita* fue el extremo al que llegó su autor con tal de proteger el puesto académico que ocupaba, del cual la novela por fin había de liberarlo.

El segundo triunfo de 1955 fue la licenciatura de Dimitri en Harvard. La ceremonia en sí fue motivo de gran alegría, con los

---

<sup>27</sup> Cuando la edición de *Olympia* se expuso en la Biblioteca Pública de Ithaca, Véra llamó a Alison Bishop presa del pánico; insistió en que Morris retirase de inmediato los ejemplares expuestos, al menos hasta que se demostrase públicamente que el libro era de una grandísima calidad artística. Como los dos Bishop estaban en cama, aquejados de neumonía, ninguno pudo acudir en su auxilio.

birretes y las togas y el almuerzo de celebración que tuvo lugar después, en el espléndido césped de la universidad. Tal como refirió Véra a Berkman después de las festividades de junio, «él estaba feliz, V. estaba feliz, y el *cum laude* fue una bendición del todo inesperada». Con gran desaliento al menos en principio por parte de sus padres, Dimitri había manifestado su interés por dedicarse profesionalmente a la ópera. Por más que ellos hubieran terminado por ser auténticos expertos en el arte de salir adelante financieramente por los pelos, no deseaban que semejante inseguridad pendiera sobre la vida de su hijo; para los dos eran demasiado vívidas las tribulaciones propias de la dedicación al arte. Al tiempo que pidieron opiniones a varios amigos acerca de la pasión por el canto que tenía Dimitri, le apremiaron a que pensara en la facultad de derecho, pues su solicitud había sido aceptada. Para él también estaban trazados otros planes. Ya en enero de 1955 Vladimir comenzó a vender a su hijo como buen traductor, primero a Covici y más adelante a Epstein, del mismo modo en que previamente había vendido la solvencia de Véra a los responsables de la Editorial Chéjov. (Y se trataba de una oferta especialísima, informó Vladimir a Covici, ya que no tenía por costumbre verificar gratuitamente la calidad del trabajo ajeno.) La traducción de Lérmontov terminó por ser encomendada a Dimitri. Así, Véra asumió una responsabilidad adicional a lo largo del verano, cuando «por el bien de Pnin» la pareja se quedó en Ithaca a pesar del «nostálgico anhelo» del Oeste que Véra sentía todas las primaveras. Trabajó a pie firme para inculcar a su hijo su muy notable ética del trabajo.

No fueron las suyas las cartas sentimentales a un joven poeta. Véra aconsejó a Dimitri que se hiciera de inmediato con las traducciones existentes, «pues las necesitarás para hacer consultas, no para plagiarlas». Podía contar con una valiosísima ayuda por parte de ambos —gratuita—, cada vez que topase con expresiones difíciles u obsoletas. Él, por su parte, debería dedicar al menos hora y media a cada página, y no avanzar a un ritmo superior a tres o cuatro páginas cada día. Debía trabajar a diario, sin tomarse descansos ni menos aún vacaciones. «Es un trabajo que procura un gran disfrute, pero tam-

bién es muy exigente y, sobre todo, es preciso llevarlo a cabo con la máxima perseverancia, pues seguro que existe una fecha tope de entrega», le aleccionó su madre. Para colmo, como el contrato aún estaba por firmarse, le aconsejó que obrase con total discreción. ¿Se consideraba a la altura del empeño? De ser así, ella le prometió que pronto le llegaría un proyecto mucho más ambicioso. «Quiero una respuesta rápida, pero por correo», le dijo Véra antes de firmar, dejando bien claro que los primeros dólares del anticipo que cobrase Dimitri no se los debía gastar en una conferencia telefónica. La severidad de su tono tal vez se explique aduciendo una carta que pocos días antes había escrito en nombre del traductor. La secretaria de admisión en la Facultad de Derecho de Harvard había formulado una pregunta, pues deseaba saber cuándo podía contar con recibir el depósito previo, correspondiente a la aceptación de la plaza por parte del alumno. El arduo cometido de explicar que el alumno pensaba destinar un año a su educación musical, y que por tanto deseaba aplazar su ingreso en la Facultad de Derecho, recayó sobre su madre, quien pidió disculpas por el silencio de su hijo. Ese verano estuvo muy preocupada por el futuro de Dimitri, pero también por su manera de abordar las cuestiones prácticas, terreno para el cual lo consideraba penosamente mal dotado; tenía conciencia plena de lo sumamente independiente que era ella a la edad de su hijo. Berkman por ejemplo era muy consciente de lo difícil que fue la decisión de los Nabokov en lo tocante a su actividad profesional, aunque a la postre también estaba segura de que habían hecho lo que debían hacer desde el punto de vista de todos los implicados. «Si alguien desea que le den una oportunidad tanto como él desea justamente ésa, en efecto parece de rigor que no se le niegue», dijo para tranquilizar a la madre del futuro barítono.

El proyecto de Lérmontov fue asumido a lo largo del año siguiente tras una considerable espesura pronominal. Véra se las vio con el contrato; dedicó parte del verano al texto, escrito en 1839, que de hecho constituye la primera gran narración en prosa escrita en ruso, una obra a la cual se remite el estilo de Tolstoi. Un año después,

cuando la traducción estaba cerca de darse por terminada, Nabokov señaló que Dimitri «nos ha ayudado a Véra y a mí, con grandes aportaciones, en nuestra traducción de Lérmontov». Un mes más tarde informó a Levin de que «he terminado (con la valiosa ayuda de Dimitri) el libro de Lérmontov, y ya lo he remitido a Doubleday». Al mismo tiempo, Véra describió el proyecto en estos términos: «El año pasado, Dimitri empezó una traducción encargada por Doubleday, y este verano, en Utah, V. le ha puesto punto final. Yo también he aportado mi grano de arena». No siempre fue tan modesta. A finales de junio de 1956 escribió aliviada a Elena Levin, haciendo un deslumbrante despliegue pronominal y paralelo: «Acabamos de terminar mucho trabajo (de traducción) que se ha llevado todo mi tiempo; ahora por fin tengo tiempo para mí». Había sido muy precisa sobre la división del trabajo con Dimitri, a quien en principio le dejó bien claro que cuanto menos tiempo le solicitara a su padre, mejor cumpliría su cometido. Ya en junio le había regañado: «En vez del buen descanso que tanto necesitamos, tu padre y yo hemos trabajado todo este tiempo en el *Héroe*, y encima nos veremos lastrados por este trabajo hasta el final de las vacaciones. ¿Tè parece justo?». En la primavera de 1957 Vladimir estaba demasiado ajetreado para escribir el texto de contracubierta, de lo cual se ocupó Véra. Mucho más adelante Dimitri atribuyó a sus padres la labor de pulimiento de la traducción de Lérmontov, el crédito de la cual es del padre y del hijo en la versión publicada finalmente. A finales de 1955 Nabokov se quejó de que estaba haciendo tres trabajos, «cada uno de los cuales es más que suficiente para un hombre». Desde luego, era cierto —y natural, con *Onegin*, *Prin*, Lérmontov y sus clases en la universidad entre manos—, pero también lo es que su ayudante personal era soberbia.

Un mes antes de que se publicase *Lolita* en París, Wilson visitó a los Nabokov en Ithaca. Nunca los había visto tan animados; más adelante haría la conjetura de que las dificultades habidas con *Lolita* tuvieron un efecto estimulante sobre Vladimir. La pareja le pareció en plena floración, aun cuando estuvieran más atentos a Dimitri y a sus hazañas de lo que a Wilson le hubiese gustado; con horror y con or-



gullo, Vladimir expuso los hábitos sexuales de la joven generación. La visita fue un éxito mayor de lo que sus anfitriones pudieron imaginarse. Wilson confió encantado de la vida a un amigo común, poco después, que tras la repulsión que le había inspirado *Lolita* lo cierto era que le deleitaba señalar cuánto le agradaba el autor de la misma. Atribulado por su lealtad, estuvo más cómodo que nunca con Véra. Los dos chocaron abiertamente a propósito de la definición francesa de un vocablo, que de forma sumamente adecuada resultó ser «fastidioso». Véra sostenía que su significado era «difícil de satisfacer», mientras Wilson insistía —las citas tomadas de diversos diccionarios viajaron entre ambas partes a lo largo de las semanas siguientes— en que era «fatigoso». Por engorroso que fuera, Véra reconoció su derrota a regañadientes, aunque cuando años más tarde leyó de nuevo el relato de este intercambio anotó al margen: «Fallo mío».

Justo antes de volver a desaparecer tras la máquina de escribir, emitió otra llamada de autoafirmación. Tal vez por escribir a una mujer que publicaba, y que había gozado de una notable carrera académica, cerró de este modo su carta de verano a Berkman:

Lo único que debo decir acerca de mí es que odio este calor húmedo y pegajoso, que en nuestro apartamento hace muchísimo calor (nos mudaremos a una casa en agosto), y que aunque ahora no hago nada mío que tenga valor, me tienen muy ocupada los hombres, ahora mismo sobre todo Vladimir (todas sus cartas y buena parte de sus papeles burocráticos).

Ésta era la misma y muy larga carta que había comenzado con su informe de la licenciatura de Dimitri, una misiva de la que en principio parecía haberse eximido. No es la primera muestra del modo en que Véra se distanciaba de la empresa que se llevaba a cabo bajo su mismo techo, pero sí es la primera que apunta hacia cierta clase de logro personal. Las palabras «nada mío que tenga valor» rechinan bastante en medio de la página, y no sin cierta conmoción. Al final, son un mero atisbo. A los pocos días se entregó de lleno a la tarea de me-

canografiar *Pnin* y a la mudanza a la casita de campo que había encontrado para el semestre de otoño. Pasó las primeras semanas a solas en Hanshaw Road, ya que Vladimir fue hospitalizado por un grave ataque de lumbalgia, desventura que a punto estuvo de dar pie a un capítulo titulado «Pnin en el hospital».

Girodias publicó *Lolita* en septiembre, antes casi de que su autor se diera cuenta de lo hecho; Véra y Vladimir tuvieron por vez primera en las manos los dos volúmenes del libro el 8 de octubre de 1955. Los primeros días de la novela recién publicada fueron apacibles. A los dos Nabokov les importaban mucho más las venturas y los desvelos de *Pnin*, que no había encontrado muchos mimos en Nueva York, pues a Pat Covici el libro le pareció una colección de esbozos, no una novela en toda la extensión del concepto. «Mi pobre Pnin» resultó merecer con creces el título original que le había puesto su autor; tras meses de deliberaciones, Covici rechazó el libro. (El editor a quien Nabokov habló por vez primera de *Lolita*, el editor con quien contactó primero para negociar la publicación de *Pnin*, no publicó al final ninguna de las dos.) Buena medida del grado de desesperación al que llegó Nabokov se puede leer en el hecho de que acto seguido recurrió a Harper, cuya publicación de *Conclusive Evidence* tanto había denostado. *Pnin* seguiría sin hallar cobijo hasta mediados de 1956, cuando Epstein por fin hizo una oferta por el libro, no sin estar menos preocupado por su difusión de lo que estuvo Covici. En nombre de sus colegas de Doubleday, Covici reconoció que «como ha dicho uno de nosotros, es el tipo de libro que el comprador tendrá que leerse entero antes de llevárselo a su casa». Si a Vladimir le desazonó la suerte de *Pnin*, como sin duda tuvo que ser, y si Véra tenía sus reparos por *Lolita* —es imposible suponer que no los tuviera, ya que Bishop había estimado que las posibilidades de que su marido fuese despedido eran muy superiores a la media, teniendo en cuenta que gozaban de estabilidad financiera por primera vez desde hacía treinta años—, Graham Greene les hizo a los Nabokov un regalo de Navidad, a finales de 1955, desproporcionadísimo con respecto a cualquier otro. En la encuesta del *Sunday Times* lon-

dinense, que le preguntaba por los tres mejores libros de 1955, incluyó una novela escrita en inglés de la que nadie había oído hablar, que no estaba disponible en los Estados Unidos ni en Gran Bretaña, aunque se podía adquirir editada en dos volúmenes de color verde claro en París.

Las fuerzas que Greene puso en movimiento en Londres aún tardaron cierto tiempo en dejar sentir sus efectos en Norteamérica. Para la primavera sabática, Elena Levin les había encontrado a los Nabokov un apartamento con cocina americana en la primera planta del hotel Continental, en Cambridge, al cual llegaron el 3 de febrero de 1956 tras una valerosa batalla librada por carreteras cubiertas de hielo. Se alojaron allí dispuestos para una estancia de tres meses, que pasaron sobre todo en Widener. Y en el Continental leyeron, en la columna de Harvey Breit publicada por la *Times Book Review* el 26 de febrero, que una obra titulada *Lolita* —una larga novela francesa que trata de ninfulas— estaba causando un cierto escándalo en Londres. Señalada por un periódico como uno de los mejores libros de 1955, fue denunciado en otro por ser uno de los más subidos de tono. (La verdadera deuda de los Nabokov no la contrajeron tanto con Greene como con el muy conservador redactor jefe del *Sunday Express*, John Gordon, el cual lanzó por su cuenta el contraataque<sup>28</sup>. Al alimón, las palabras de Greene y de Gordon surtieron un mágico efecto combinado.) Dos semanas después, Breit abundó en su comentario sobre la misteriosa obra francesa, revelando el nombre de su autor y citando la alusión de Harry Levin, tan sólo atribuida, de que el libro era una especie de cruce entre *Daisy*

---

<sup>28</sup> He aquí las palabras de Gordon, al menos en parte: «Pornografía manifiesta, confesa y sin cortapisas... Todo el libro se dedica a una exhaustiva, desinhibida y absolutamente repugnante descripción de las cuitas y los éxitos de Humbert. Está publicado en Francia. Cualquiera que lo publicase o lo vendiera aquí sin duda iría a la cárcel». Toda una cámara de ironías rodeó la presentación de *Lolita* en Estados Unidos, y una de las más resonantes fue la que se hizo eco de la influyente voz de Harvey Breit: él mismo había escrito pornografía por un dólar la página.

*Miller y Los poseídos*. Gallimard adquirió inmediatamente los derechos de publicación en francés<sup>29</sup>.

Desde sus habitaciones en el Continental, Véra tuvo que responder a la inmediata andanada de preguntas por parte de los editores. Con gran amabilidad aseguró a los responsables de Indiana University Press de que si bien su marido ensalzaba su espíritu aventurero, este libro no estaba hecho para ellos; existían fundadas razones para haberlo enviado primero a un agente de París. Redactó en su totalidad o al menos en parte la carta al siempre fiel Pat Covici, quien estaba preocupado por la reputación de Vladimir: *Lolita* de ninguna manera podía considerarse un libro «lascivo y libertino». La novela era una tragedia, y lo trágico y lo obsceno se excluyen mutuamente<sup>30</sup>. A comienzos de mayo, la pareja emprendió viaje hacia Utah pasando por el Gran Cañón del Colorado, pues habían alquilado una deliciosa casa rodeada de matas de salvia y de cedros, con una gloriosa panorámica de Mount Carmel. El alojamiento resultó tan satisfactorio como deficiente fue el de Arizona<sup>31</sup>. Allí, Véra, o Vladimir, o —como había de referirse Véra a ambos, medio en broma, años después— «V & V Inc»<sup>32</sup>, terminaron la traducción de Lérmontov. Nabokov siguió trabajando en sus comentarios a *Onegin*, que esperaba dar por terminados en Navidad. Mount Carmel estuvo espléndido hasta finales de junio, cuando una serpiente anidada en el alféizar de

---

<sup>29</sup> Fue Raymond Queneau, futuro padre de *Zazie dans le métro*, quien convenció a la editorial.

<sup>30</sup> En este sentido, los Nabokov se equivocaban. A ojos del tribunal competente, la tragedia y la comedia en nada difieren. El mérito literario de la obra era lo único —mejor dicho, se confiaba en que fuera lo único— que pudiera servir de argumento para la defensa.

<sup>31</sup> La cabaña estaba perfectamente aislada del mundo, aunque los Nabokov tuvieron al menos una visita durante el verano, el técnico de lavadoras que en modo alguno modificó la impresión que tenía Véra sobre esos asombrosos norteamericanos. Les habló a los dos de sus encuentros con la gente de los platillos volantes, que no mostraban las manos al hablar. «¿Y qué lengua hablaban?», preguntó Vladimir.

<sup>32</sup> Es decir, «V y V, Sociedad Limitada». [*N. del T.*]

una ventana trató de hacer una visita a Véra. Poco después emprendieron viaje al norte, Véra al volante, los dos coleccionando mariposas por el camino.

En Ithaca los Nabokov se instalaron en una nueva casa, en el 425 de Hanshaw Road. Véra se preparó para la conocida rutina académica. «Otro año ajetreado. Otro terrible invierno en Ithaca», se quejó mucho antes de que empezase a nevar. «Los inviernos aquí son de veras terribles: fríos, oscuros, gélidos, complicados por el tener que conducir por cuestas cubiertas de hielo. Este año no tenemos garaje, y seguramente tendremos que liberar el coche con la pala todas las mañanas, durante dos o tres meses como mínimo, para ir a dar las clases»<sup>33</sup>. A pesar de las obligaciones académicas, a pesar de Pushkin, Vladimir había intentado trabajar en una nueva novela. Estaba agotado; Véra parece no menos agotada por su culpa. «Como trabaja día y noche y se ha torturado al máximo, aguardo con impaciencia el final de este libro, aunque sé muy bien que en cuanto termina una cosa se pone de inmediato con la siguiente», escribió a su cuñada en una carta que comenzaba asegurándole que Vladimir llevaba algún tiempo pensando en escribirle personalmente. Dos meses después afirmó que estaba a punto de hacerlo, aunque cuando Véra le recordó que lo había prometido se encontró con la misma respuesta de siempre: «Sí, por supuesto, pero hoy estoy muy cansado». Sugirió a Elena que echase la culpa a *Onegin*. Ella misma lo hizo, aunque era consciente de que la culpa era suya. Un año después, cuando *Onegin* seguía sin estar terminado, anunció que empezaba a aborrecer a Pushkin, pues durante demasiado tiempo había impedido a su marido el comienzo de un libro nuevo. El Maestro se interponía de forma hartó literal en el camino de Nabokov; en abril de 1957, cuando Véra comenzó a mecanografiar el Canto Primero de la traducción

---

<sup>33</sup> No es la única que tenía este hábito. «¡Con qué persistencia evoca nuestro poeta las imágenes del invierno en el comienzo de un poema que empezó a componer en una balsámica noche de verano!», exclama Kinbote en *Pálido fuego*.

anotada, el manuscrito ya le llegaba a la altura de la cintura<sup>34</sup>. En París se había prohibido la venta de *Lolita* a petición del Ministerio británico del Interior, pues no deseaba que los ejemplares del obscuro libro de color verde comenzaran a atravesar el Canal de la Mancha. En la medida en que la posición de su marido no se viera amenazada, Véra no se inhibió de participar en la controversia. La mujer que era capaz de cumplir a rajatabla nueve años de silencio señaló con evidente satisfacción que la novela había dado pie a «una deliciosa polémica en la prensa francesa».

Por cada uno de los amigos que en el transcurso de 1956 manifestó su aprensión en torno a *Lolita*, hubo al menos algún editor, en algún rincón del mundo, que escribió para expresar su interés por la novela. Entre la corrección de pruebas de *Prin* y el mantenimiento del orden en los exámenes de su marido, Véra asumió el dar respuesta a estas preguntas. A finales del verano, un editor danés compró el libro. Al mismo tiempo, Jason Epstein dispuso que *The Anchor Review* publicase un largo extracto de la novela, jugada calculada al detalle para facilitar la publicación en Estados Unidos. Véra llevó a Vladimir a Nueva York a mediados de octubre para charlar con los editores de la revista en el apartamento de Epstein. Durante la reunión, a Nabokov le preguntaron cómo era posible que supiera tanto acerca de las jovencitas. Véra explicó que su marido había tomado muchos autobuses en Ithaca con una libreta y el oído atento. También había rondado los columpios y los campos de juego, hasta que la cosa se puso complicada. Por lo demás, no había ninguna jovencita en su vida. El segundo asunto que los Nabokov confiaban resolver en Nueva York, una aportación a un volumen de homenaje que se estaba preparando en honor de Aldanov, no llegó a buen puerto. En un ma-

---

<sup>34</sup> Su historia editorial también fue compleja, en parte por las exigencias de Nabokov, en parte debido a la extensión del manuscrito. Cornell University Press no llegó a acordar unos términos contractuales que resultaran viables financieramente y aceptables para el autor. Este trabajo de amor fue publicado a la sazón en la Serie Bollingen, que, como observó Morris Bishop, «disfruta perdiendo dinero».

raviloso ejemplo del modo en que el Viejo Mundo es presa del Nuevo, el Buick se lo llevó la grúa, y la mitad del día destinada a Aldanov se echó a perder por el esfuerzo necesario para recuperar el coche.

Por más que las diversas andanzas de *Lolita* exigieran mucho tiempo por parte de Véra a lo largo del invierno, su atención estaba dividida por el frente doméstico. (En un simpático homenaje a su doble vida, debido a los calcos, sobrevive una hoja de papel en la que por descuido superpuso una carta a propósito de los derechos cinematográficos de *Prin* en una carta a un abogado de Ithaca que parecía reclamar a los Nabokov el pago de la reparación del lavaplatos en su nuevo domicilio.) Dispuso que Ilya, el hermano de Anna Feigin, que padecía una parálisis parcial a resultas de un ataque cardíaco, fuera ingresado en un sanatorio de Ithaca en donde podría visitarlo y cuidarlo. Dentro de la familia Slonim también tuvo que pagar el precio adjudicado a los capaces. Su primo llegó en ambulancia a Oak Hill Manor, de Ithaca, en donde Véra lo visitó con regularidad hasta su muerte. Por alguna razón, la casa de Hanshaw Road —más grande de lo que hubieran querido los Nabokov, pero cómoda y moderna— resultó insatisfactoria. En febrero, Véra de nuevo preparó la mudanza. Seguramente sufrió el mismo estrés que describe y atribuye a su marido, ya que aquel invierno fue en particular inclemente. «Me pregunto si allí en Nueva York os hacéis siquiera a la idea de la cantidad de nieve que tenemos aquí», dijo a Epstein antes de la mudanza. Tal vez debido a la división del trabajo, Ithaca en pleno invierno no le pareció tan encantadora como a su marido. Nabokov veía los enebros como «camellos albinos». Véra tan sólo oía una sinfonía de motores renqueantes y chirridos de neumáticos por la calle.

Por fortuna, la nueva casa tenía garaje, aunque otro de los elementos de la casa de Highland Avenue resultó mucho más incómodo. Bajo presión, los Nabokov aceptaron hacerse cargo del gato siamés de los dueños de la casa. Vladimir hablaba en ruso con el animal, y al principio todo fue como la seda. A finales del primer mes de habitación, Vladimir estaba harto del animal, que no le dejaba ni un momento de tranquilidad. Bandit parecía deseoso de creer que Véra

era la señora Sharp, pero se negaba a comprender por qué el nuevo señor Sharp no le permitía la entrada en su despacho. El animal era implacable, aparte de defender su legítimo derecho jugando con distintos objetos de la casa, con los que aporreaba la puerta del despacho. Es de suponer la desazón de Véra; la fontanería del Royal York no fue nada por comparación con aquello. Escribió a los Sharp, que estaban de viaje por África, aunque el correo se le antojó inquietantemente lento. «¿Crees que esta carta llegará a Léopoldville por correo aéreo en menos de dos semanas?», preguntó esperanzada a una de las alumnas matriculadas en los seminarios de Nabokov, no sin antes explicarle la angustia causada por Bandit. (El gato, como su semejante en *Pálido fuego*, fue despachado a la casa de unos amigos de los dueños.) En su nueva casa de alquiler, en el 880 de Highland Road, Véra y Vladimir acogieron a Ivan Obolensky, el primer editor americano que fue a preguntarles por *Lolita*. Llegó el 4 de marzo, días antes de que se publicase *Pnin* con grandes elogios de la crítica: el primer éxito de Nabokov en los Estados Unidos.

La publicación de *Pnin* supuso un descanso en la ardua defensa de *Lolita* a la que estaba entregada la pareja desde que los amigos habían empezado a leer el libro, aunque, en el caso de Wilson y Bishop, por ejemplo, lo dejaran sin terminar. El consenso general era que había tocado un tema de pésimo gusto. El libro parecía una monstruosa frivolidad. Bishop evitó intencionadamente leer la novela, gesto que le permitió, caso de que le preguntaran su opinión, encogerse de hombros como si fuera un pecado venial, algo que su amigo y muy estimado colega había hecho en París, muy lejos de allí, y que por tanto no tendría consecuencias para la universidad. En realidad no pensaba de ese modo, y el asunto le llegó a preocupar tanto como le preocupaban sus amigos. Condenaba el libro sin paliativos. «No me gustaría tener que defenderlo en estas lides», confesó a Szeftel anticipándose al escándalo. «¿Y a ti?»<sup>35</sup>. Szeftel sí que lo leyó. No llegó a es-

---

<sup>35</sup> Cuando por fin leyó el libro en 1957, Bishop fue inmune a su encanto. «*Pnin* es una delicia deslumbrante. *Lolita* no lo es», concluyó.



candalizarse, pero pensó que la publicación de un libro como ése, sobre «un asunto tan salaz», podría suponerle algunos problemas en una institución educativa con alumnado mixto. No se sabe, en cambio, qué pensó Szeftel tras la lectura de *Pnin*, novela cuyo torpe e incompetente héroe se rumoreaba que estaba construido a partir de él —y recientemente se ha demostrado que así es—, afirmación que Nabokov no siempre se empeñó en desmentir. La propia mujer de Szeftel se percató de las similitudes al leer las aventuras de Pnin en el *New Yorker*. La biografía que tomó prestada no interfirió con el éxito de la novela, de la cual se hizo una reimpresión a las dos semanas de ponerse a la venta<sup>36</sup>. Estuvo entre las diez finalistas del Premio Nacional de Literatura correspondiente a 1958<sup>37</sup>.

Al terminar la primavera de 1957 *Lolita* tenía editores en Italia, en Francia y en Alemania. Obolensky no era el único que aspiraba a hacerse con los derechos para Norteamérica; Epstein hacía todo lo humanamente posible por convencer a Doubleday de que publicase el libro, sobre todo si se tiene en cuenta que su autor lo mantenía puntualmente informado de los movimientos de Obolensky. Tampoco se ahorró Vladimir cierta presión estratégica: «Lolita es joven y yo soy viejo», recordó a su editor. En Doubleday, Epstein tenía el tra-

---

<sup>36</sup> Los ecos que tuvo en la vida real parecen haber aumentado el disfrute de Vladimir ante tanta aclamación. En octubre de 1957 los Nabokov tomaron una copa con Albert Parry, profesor en Colgate College, quien de hecho fue la única voz en Norteamérica que ya en 1933 apostó por un lejanísimo y oscuro autor llamado V. Sirin. En 1957 se había cerrado el círculo y sus predicciones se habían cumplido con creces. ¿Está usted enojado conmigo por culpa de Pnin?, le preguntó Nabokov a Parry. El profesor de Colgate pareció desconcertado. «Ah, bueno, es que todos los rusos que enseñan la lengua o la historia de Rusia en Norteamérica tienden a verse reflejados en Pnin y por eso se enfadan conmigo», explicó Vladimir. Cuando Parry le contestó que él no tenía tales ilusiones, y que no estaba enfadado, el novelista pareció alicaído.

<sup>37</sup> Lo ganó John Cheever por su novela titulada *Crónica de los Wapshot*. Nabokov fue uno de los dos nativos de San Petersburgo que figuraban entre los finalistas; Ayn Rand también fue nominado por *Atlas Shrugged* [«Atlas encogido de hombres»].

bajo hecho a su medida. El director editorial era Douglas Black, quien había perdido una pequeña fortuna en la fallida defensa de *Memorias del Condado de Hécate*. Como recuerda uno de los editores y partidarios de *Lolita*, Ken McCormick, el razonamiento que expusieron los abogados de Doubleday fue el siguiente: tras haber atracado un banco en una ocasión y haber sido condenada por ello, la editorial debería hacer todo lo posible por no dejarse sorprender en la esquina cuando se cometiera otro delito semejante. La condena que se les impondría por *Lolita* sería mucho más dura, pues interpretarían su gesto como un acto de reincidencia<sup>38</sup>. En Simon & Schuster leyó la novela una editora, Maria Leiper, a quien le pareció tan sensacional que incluso escribió un informe delirante, encomiástico. Sugirió que Brockway la leyese de inmediato, y se quedó de una pieza cuando éste le confesó que ya la había leído y que no le había gustado mucho. Los colegas de Leiper se quedaron todos espeluznados; el director del departamento editorial calificó el libro con el adjetivo «asqueroso». Un sello editorial de Harper & Row se distinguió de los demás al rechazar *Lolita* basándose no en argumentos legales o morales, sino artísticos. La mayor parte de estos editores leyeron ejemplares de la novela que habían sido importados discretamente en el fondo de una maleta, en la gran tradición del *Ulises* o *El amante de Lady Chatterley*. (Anais Nin llegó a afirmar que había obtenido pingües beneficios al revender ejemplares de *Lolita* en Estados Unidos a un precio muy superior.) En Random House, William Styron hizo una elocuente defensa de la novela, que incluso estuvo tentado de editar en privado. Hiram Haydn, editor de Styron que acababa de ser nombrado director editorial de la empresa, sólo pudo balbucear una respuesta. ¿No sabía Styron que él tenía una hija adolescente? Ese libro aborrecible sólo se publicaría por encima de su cadáver. Al leer la novela, Haydn

---

<sup>38</sup> Hubo una tremenda, triste ironía en el hecho de que Wilson, quien tanto hizo a favor de la historia editorial de Nabokov, en esta ocasión y por inadvertencia se interpusiera en el camino de su amigo.

se sintió «asqueado hasta el extremo de tener náuseas», tan absoluta era la fusión de Humbert y Nabokov en su imaginario. Viendo que sus colegas arremetieron contra él, aguantó a pie firme incluso cuando, un año más tarde, la novela escaló puestos meteóricamente en la lista de los más vendidos. Todos estos forcejeos tuvieron lugar entre bambalinas. Lo cierto es que ya desde su nacimiento las virtudes del pobre Pnin fueron eclipsadas por las de su núbil prima. En *Time* apareció una crítica fenomenal de *Pnin*, aunque se dedicó tanto o más espacio al escándalo con sordina que el autor de la novela había generado en Europa por medio de otro libro.

Esa primavera, por vez primera en toda su vida, Véra plantó flores en el jardín de Highland Road. Éste era el jardín en el que los faisanes dejaron sus huellas en *Pálido fuego*, por lo cual las risas de los Nabokov resonaron por todo el vecindario mientras jugaban a la herradura con la caída de la tarde. Las cosas por fin encajaban en su sitio. En este momento crucial, una pieza del pasado también encontró su sitio. Ese verano, la mayor parte del cual lo dedicó a mecanografiar *Onegin*, obra para la que Dimitri preparó un índice, Véra tuvo conocimiento por medio de Anna Feigin de que podía iniciar una solicitud de indemnización en Berlín. «Bien, de ser así el caso, obligar a los alemanes a que paguen podría ser todo un placer», escribió a Goldenweiser, quien se prestó a representar sus intereses. Su reclamación se formuló sobre la base de que a su llegada a Nueva York no tenía suficientes conocimientos de inglés para encontrar trabajo en los Estados Unidos. Cuando cumplimentó la denuncia, la novela más grande en lengua inglesa que hubiera escrito un hablante no nativo subía día a día en la lista de los más vendidos.

## 5

Hablando en nombre de su marido, en 1952, Véra había escrito a un editor de Houghton Mifflin: «La cuestión del mimetismo es una de las que más apasionadamente le han interesado a lo largo de

su vida; uno de sus proyectos preferidos consiste en compilar una obra que abarque todos los ejemplos de mimetismo que se conocen en el reino animal». Advirtió que el resultado del empeño podría ser impresionante, aunque si lo que Houghton Mifflin tenía en mente era una obra realmente seria sobre el asunto, «Vladimir es el hombre que están buscando.» Vladimir nunca abordó este tema; fue Véra quien escribió el libro sobre el mimetismo, aunque nunca apareciera en tapa dura. La palabra «copista» adquiere un nuevo sentido en la correspondencia de los Nabokov, sobre todo si se tiene en cuenta el modo en que evolucionó a lo largo de los años cincuenta. En agosto de 1951 Véra escribió a un editor de la recién fundada Editorial Chéjov acerca de *La dádiva* (*Dar*), cuya posible edición en ruso esta editorial estaba sopesando. El borrador es de su puño y letra, aunque la voz sea de Vladimir. Nabokov volvió a copiar el documento, que firmó y envió. La respuesta a esta misiva fue más simple de lo que sería responder a algunas de las que se sucedieron. Con la novela todavía bajo consideración, la pareja comenzó a relevarse mutuamente en la correspondencia. En octubre, una editora de Chéjov dio las gracias a Vladimir por la carta de su esposa. El modo de funcionamiento entrañaba cierto grado de contorsionismo por parte de los implicados. Ese mismo mes, Véra redactó una carta en nombre de Vladimir, preguntando por «una carta que mi esposa escribió en mi nombre a comienzos del otoño».

Adoptó de buena gana estas difíciles poses, en las que ya fuera por propia naturaleza, ya fuera por la experiencia, era toda una experta. Chéjov aceptó *La dádiva*; diecisiete años después de ser escrita, la novela se publicó en ruso<sup>39</sup>. El personal de Chéjov necesitaba un resumen de la novela, algo que a Vladimir le causaba verdadera aversión. Haciéndose pasar por una lectora imparcial, Véra escribió acerca de «las correrías nocturnas de Fiodor y Zina, por las calles que es-

---

<sup>39</sup> Ostenta una dedicatoria que dice «a la memoria de mi madre», aunque no es precisamente la única obra dedicada a una persona distinta de Véra, a quien está dedicada la edición en lengua inglesa.

pectralmente ilumina la luna... llenas de poesía y de magia». Remitió el resumen sin firmar a Chéjov, acompañado por una sola línea: «Por fin he conseguido que uno de mis “buenos” lectores me haga una sinopsis de *Dar*». No deja de ser una estratagema adecuada para una obra en la que su marido describía la astucia de la naturaleza y el uso aparentemente frívolo que hace de los disfraces, una novela en la que discurrese acerca «de estas mágicas máscaras del mimetismo; de la enorme mariposa nocturna que en estado de reposo adopta la imagen de una serpiente que te mira».

A comienzos de los años cincuenta, las cartas a las que Véra sí prestó su firma, así como su voz, eran de «Véra Nabokov» o de un personaje más neutral, «V. Nabokov». En calidad de Véra Nabokov escribía por ejemplo para interesarse por la posibilidad de que un editor deseara añadir una reimpresión de *Barra siniestra* a su catálogo. A medida que se fueron acumulando los papeles, durante el periodo de Cornell, buscó una fórmula que pudiera cumplir mejor todos sus propósitos epistolares. Hacia 1956, cuando comenzó una malhumorada correspondencia con Maurice Girodias acerca de ciertas violaciones del contrato de *Lolita*, apostó por una firma que parecía corresponder a su identidad, o a su falta de identidad. A partir de estos años, en el momento más oportuno, emergió a la superficie «la señora de Nabokov», quien con su formal caligrafía del Viejo Mundo firmaba «Véra Nabokov» sobre su apellido de casada, que mecanografiaba entre paréntesis, como si quisiera acallar la potencia del seudónimo. La fórmula le permitía hablar en nombre de Vladimir sin tener que dar molestas explicaciones y sin introducir rodeos y disculpas. En 1957, cuando le hicieron falta ulteriores camuflajes, comenzó a escribir bajo el nombre de «J. G. Smith», una ficticia secretaria de Cornell que tenía su misma caligrafía y sus mismas cadencias, y que sabía ser más lacónica y contundente incluso que la propia Véra. Fue J. G. Smith quien redactó una serie de envenenadas cartas de no recomendación en nombre del profesor Nabokov. Tan sólo tenía una vaga noción de quién era el candidato al puesto, cuyo dominio del ruso «es tan precario

como el de cualquier licenciado universitario que haya estudiado “lingüística”<sup>40</sup>.

Dejando a un lado las firmas, pocas dudas puede haber respecto a quién estuviera tras las palabras de Véra. En las ocasiones en que sus cartas no surtían el efecto apetecido, Vladimir arrimaba el hombro y hacía referencia a «mi carta, firmada por mi esposa». Véra no puso reparos a tales afirmaciones. Sin embargo, se le nota que trató de convencer a su marido de que una sola palabra suya —una palabra que, caso de ser necesario, redactaría ella misma— serviría para alcanzar el fin perseguido. La dilatada historia del modo en que se optó por una publicación de *Lolita* en París fue relatada por Vladimir en primera persona («El 6 de agosto de ese año, desde Taos, estado de Nuevo México, escribí a madame Ergaz... Y le pedí que encontrase a alguien dispuesto a publicar *Lolita* en Europa... y a la primavera siguiente volví a ponerme en contacto con madame Ergaz...»), cuando la práctica totalidad de la correspondencia fue llevada a cabo por Véra, quien sabía a la perfección que la finalidad natural del mimetismo no es otra que la ocultación. Ella misma no guardó secretos sobre su papel; aseguró después a los periodistas europeos que fue ella quien optó por la publicación en Europa. Sin embargo, sobre el papel hacía las mismas reclamaciones que su marido, remitiéndose a sus propias cartas como si fueran de él. Algunas veces lo eran, pues estaban redactadas por él, aunque con la petición expresa de que fueran remitidas con el nombre de ella.

Una cosa era disfrutar de completa libertad en su *pas a deux* epistolar, y otra muy distinta era reconocerlo. Las quejas de Véra, en el sentido de que todos los asuntos de negocios recaían sobre ella, no le impidieron escribir con enojo a un corresponsal que le dio a entender que, a su juicio, ella era el portavoz de su marido. «Permítame aclarar un malentendido: desde luego que no estoy “protegiendo” a

---

<sup>40</sup> En calidad de «Véra, señora de Nabokov» fue más amable al sugerir a otro estudiante que sin duda haría mucho mejor en apelar a un profesor distinto a la siguiente ocasión.

mi marido. Él siempre toma sus propias decisiones.» Tras algunas complicaciones surgidas entre Gallimard y Girodias, Vladimir escribió el borrador de una carta al editor de Gallimard: «No tengo modo alguno de juzgar si es verdadero o falso un rumor que me llega de París. Mi mujer no se hace “eco” de nada; tan sólo tiene la amabilidad suficiente para tomar nota de mis preguntas y mis aprensiones». En los días felices que pasó con Andrew Field, a Véra le desazonó saber que su carta había causado una ofensa que no estaba en su ánimo provocar. El biógrafo debía tener en cuenta que ella tan sólo mecanografiaba lo que su marido había dictado palabra por palabra. (Lo cierto es que Nabokov dictó muy poca cosa después de *Lolita*.) A una carta especialmente dura, Véra añadió lo siguiente en su descargo: «A título personal, le agradecería que explicase a ese caballero que jamás contesto las cartas de mi esposo, a no ser que él me lo pida expresamente». Por su parte, Nabokov nunca puso en tela de juicio las palabras de Véra, aunque en ocasiones sí le pidió que añadiera algo a una carta que ella ya había franqueado ese mismo día, y a veces le pedía que hiciera una segunda e incluso una tercera comunicación en una misma tarde.

A Véra no le enorgullecía la correspondencia, que ya con anterioridad a *Lolita* había sido una amenaza próxima a abrumarla. En una de las docenas de cartas enviadas a Elena Sikorski, en las que Véra pedía disculpas por ser ella la autora de la misiva, le ruega que perdone a Vladimir: «Lisa y llanamente, es que no sabe cómo escribir de cualquier manera, y menos con prisas». La consecuencia de su incapacidad era que ella debía hacerlo por él, justamente de ese modo. La feliz valentía con que pareció llevar siempre los asuntos de negocios en verdad no era algo tan sencillo para ella. Tenía la impresión de que su inglés era de segunda categoría, de que «no se me da nada bien escribir cartas», de que no estaba cómoda en el mundo de los negocios, de que tenía problemas para interpretar los contratos, de que sus conocimientos de aritmética eran muy escasos. En alguna de estas protestas pone en juego un disfraz sin duda pragmático. Se sentía a sus anchas con la mascarada, pero la rutina funcionaría mejor si las expectativas no fueran demasiado altas.

Del mismo modo, rechazaba de plano la idea de que era una esposa protectora y adoradora, una seguidora, una esclava de todas las personas que se apellidaran Nabokov. Despotricó contra la afirmación de que era «ferozmente protectora de su hombre». Al agente Swifty Lazar le aseguró que *Ada* era un libro sensacional, notabilísimo, y que su valoración no tenía nada que ver con el hecho de ser la esposa del autor. Cuando un profesor de Rutgers pidió a Nabokov que señalara el título de las grandes obras europeas de ficción aún no traducidas al inglés, fue Véra quien contestó. El profesor William Lamont insistió en el asunto y le adjuntó la lista preliminar que había seleccionado. Véra rompió una lanza en favor de Biely y de Bulgákov antes de añadir: «Como bien podrá suponer, considero que *Zashchita Luzhina* [*La defensa*], de Nabokov, es una de las mejores novelas que jamás se hayan escrito en ruso». Cuando Lamont reconoció que por sugerencia suya había «incluido a su muy talentoso compañero en la lista», Véra no pudo contener su furia. (El detalle del «compañero» no debió de sentarle nada bien.) Lamont le había pedido su sincera opinión y ella se la dio. «Al hacerlo, actué como una persona versada en la literatura rusa, y no como una “leal y devota esposa”.» Invitó a Lamont a que prescindiese por completo de sus sugerencias, pues estaba empeñada en que no se le considerase —a pesar de la ayuda incondicional, las suplantaciones, la asunción de las responsabilidades— la fámula de su marido.

Con los amigos íntimos nunca hubo una cortina de humo sobre las cortinas de humo. En una carta de octubre de 1956, Véra avisó a Berkman de que «a V. le han pedido que proponga un candidato [para una beca Guggenheim] y creo que he redactado una carta muy apropiada en la que enumero tus altas cualificaciones». (No cabe duda de quién era la fuerza activa. «Vamos a por ello», añadió Véra)<sup>41</sup>. Siempre

---

<sup>41</sup> La carta de la fundación Guggenheim, reimpresa en *Vladimir Nabokov: Selected Letters, 1940-1977*, está firmada por «Vladimir Nabokov». Él es casi con toda certeza responsable de la segunda mitad, en la que se preguntaba por las posibilidades que tenía de obtener una tercera beca.



le dio vergüenza tener que mantener la correspondencia de su marido con los Sikorski, tanto más cuando le tocaba repartir ásperas palabras. «Lamento esta carta tan desagradable», suplicó a su cuñada. «Enfádate con Volodya por ello.» De hecho, Vladimir se había expresado con mucha mayor severidad, «pero me niego a repetirlo». Con las amistades, la autoridad dual, o delegada, se dejaba sentir con toda claridad. Llegaban cartas destinadas a toda suerte de entidades: «Queridos Vladimirs, Querido VerVolodya, Querido Autor y Señora de Nabokov». «Queridos V & V», escribía Morris Bishop con su astucia de siempre, en 1959: «¡qué feliz es la lengua inglesa por gozar de la misma forma gramatical para la segunda persona del singular y del plural! No tengo que especificar si os hablo a uno o a otro o a los dos; os mezcláis y os disociáis a mi entera voluntad en esta carta». El lenguaje resultaba útil por ser feliz. Con dos voces a su disposición, los Nabokov podían obrar efectos de toda clase. Podían dar la lata con más tenacidad. Véra lograba que Vladimir pareciera más distante, sus juicios más divinos. «Mi marido me pide que le diga que el *Ulises* le parece de lejos la más grande de las novelas inglesas de este siglo, pero que detesta *Finnegan's Wake*», esclareció a un estudioso. Algunas de las mayores ventajas de este tango de pronombres, por enmarañado que fuera, saldría a la luz sólo en las décadas venideras, cuando este acuerdo en principio elemental encontró un verdadero grado de refinamiento artístico. En la década de los cincuenta, el disfraz mimético fue sobre todo debido a la mera conveniencia. Por razones de elemental eficacia, Véra daba la cara por Vladimir, el hombre tras el cual se había pasado toda una década caminando por el campus.

Cuando llegó el momento de escribir a Maurice Girodias —y a Doussia Ergaz a propósito de Girodias—, la «señora de Vladimir Nabokov» había tomado las riendas de la correspondencia. La relación con Girodias comenzó a agriarse casi en el momento mismo en que se publicó el libro. «Véra Nabokov» comenzó a razonar con Ergaz en noviembre de 1956 acerca del porqué se debía considerar nulo o inválido el contrato con Olympia; a lo largo de los años siguientes, «la señora de Vladimir Nabokov» escribió y firmó una dilatada antolo-

gía de misivas detallando qué cláusula del acuerdo había violado Girodias en cada momento. El problema esencial no consistía tanto en lo que comprendía el contrato, cuanto en lo que no abarcaba. Girodias había adquirido los derechos en lengua inglesa para todo el mundo; los Nabokov estaban deseosos de luchar por una participación de los derechos para Norteamérica, que lisa y llanamente habían cedido en dicho contrato. Cuando la publicación en los Estados Unidos comenzó a tener visos de ser viable, cuando Simon & Schuster y Random por su parte comenzaron a considerar la novela, las relaciones con Olympia se habían trastocado. La novela había sido prohibida en Francia; Nabokov optó por no sumarse a Olympia en su litigio. De forma en modo alguno irracional, Girodias pensó que por haber sido el primer defensor de una causa impopular se merecía algo a cambio de sus esfuerzos. Nabokov entendía que teniendo en cuenta las tácticas dilatorias del editor, así como su anómala contabilidad —y probablemente el hecho de que *Los ángeles del látigo* y *Memorias de una mujer entregada a sus placeres* fueran una compañía más que comprometedora—, Girodias había comenzado a excederse. Tan sólo deseaba poner fin a la relación contractual. La situación se complicaba más aún por las leyes de copyright *ad interim* a las que estaba acogida la novela. Si se importasen más de 1.500 ejemplares del libro en los Estados Unidos, o si pasaran más de cinco años sin que la novela se editase en los Estados Unidos, la protección del *copyright* caducaría. La fecha límite era septiembre de 1960. Acordar con un editor estadounidense la publicación de *Lolita* pasó a ser no tanto un lujo, cuanto una auténtica necesidad. Y acordar los términos de dicho acuerdo con Girodias fue el primero —y, a la sazón, el más difícil— de los míticos trabajos que fueron precisos para tal publicación.

La división de las responsabilidades a la hora de preparar la vida norteamericana de *Lolita*, si bien no queda del todo clara, sí tuvo su interés. Las cartas a los pretendientes norteamericanos de *Lolita* —Ivan Obolensky y Epstein, a los que se sumó Walter Minton, de Putnam— fueron redactadas y firmadas por Vladimir. Las cartas amenazadoras, zalameras y exigentes —las advertencias sobre «la sa-

grada cifra» de 1.500 ejemplares, así como que el editor que quisiera incluir el libro en su catálogo tendría que aunar recursos a la hora de litigar, incluso si fuera preciso llegar al Tribunal Supremo— las redactó y las firmó Véra. Cuando fue preciso obrar con mano dura respecto a Girodías, Vladimir acudió al envite; cuando surgía un asunto doméstico, se encargaba de ello Véra. A medida que los papeles se acumulaban, las líneas se iban tornando más desvaídas y, con ellas, de una manera plenamente nabokoviana, se diluían las identidades sobre el papel. Cada vez con más frecuencia, las cartas comenzaban como ésta, enviada en 1957 a Epstein: «Vladimir empezó esta carta, pero tuvo que dedicarse apresuradamente a otra cosa, y me pidió que fuera yo quien la continuase». Este baile epistolar servía perfectamente a los propósitos de todos. También dio paso a una desagradable confusión en torno a la autoría. El corresponsal de turno se encontraba con el deber de idear una respuesta que ablandase, hipnotizase, encandilase a las dos partes, y este juego entrañaba no pocas dotes de adivinación, así como una notable delicadeza expresiva. Muchos de los rasgos distintivos de la ficción de Nabokov —el doble, las suplantaciones, los siameses, las imágenes especulares, las distorsiones de las imágenes especulares, los reflejos en el cristal de la ventana, las parodias del yo— se manifestaban en la rutina que desarrolló la pareja para tratar con el mundo, rutina que podía dejar al destinatario de una carta sintiéndose como a veces pueden sentirse los libros: humillados debido a un espinoso y espléndido chiste privado.

Sólo por teléfono sonaba alta y clara la voz aflautada de Véra, con su ligero acento, sin compañía alguna. Cada vez que le era posible, Vladimir rehusaba ponerse al aparato; delegaba en su esposa el neblinoso reino de «los espectros del espacio». Las conferencias de larga distancia le resultaban especialmente aborrecibles. A un editor le informó de que si bien disfrutaba con sus apariciones telefónicas, olvidaba en el acto la mitad de lo que le había dicho y siete octavas partes de lo que decía él mismo. A medida que sus palabras fueron siendo máspreciadas, a medida que, como es de rigor, aumentó la necesidad de elegirlas con todo cuidado, la solución consistió en con-

fiar a Véra todo roce con esos espectros del espacio. «V. detesta el teléfono, por eso tuve que llamar yo», anotó con toda llaneza cuando llegó de Hollywood la primera muestra de interés por *Lolita*. Más adelante, cuando Vladimir deseaba tener información sobre el rodaje de la novela, pidió a Stanley Kubrick que, si no le importara demasiado, hablase por teléfono con Véra. Le prometió que permanecería a su lado mientras durasen las conversaciones. Cuando William Maxwell telefoneó a los Nabokov, residentes ya en Suiza, desde el despacho del *New Yorker*, Véra tuvo que encargarse de explicarle que la «neurosis comunicativa» de su marido le había impedido aceptar la llamada. Esa misma neurosis no habría de interferir, en cambio, con el dictado de una carta a su esposa, acerca de la publicación de *Eugene Onegin*, que ella tomó por escrito, a mano, cuando él se encontraba en la habitación de un hospital, a cincuenta kilómetros de distancia.

Véra tuvo que salir cada vez más de detrás de la máquina de escribir. A estas alturas, se encontraba perfectamente a sus anchas en el espacio de la página escrita en lengua inglesa, aun cuando su inglés siempre fuera un tanto envarado y el ruso recordase la lengua que hablaba con su marido. Todos los editores que trataron de arrebatar *Lolita* de las garras de Girodias descubrieron que Vladimir consultaba con ella todos los detalles. Fue muy activa en las negociaciones; después de la Navidad de 1957 Minton anunció que iba a «hacer una última apelación a M. Gerodias [*sic*] sobre los planteamientos sugeridos por la señora Nabokov». (No resultó ésta la estrategia ganadora, que Minton ha descrito como algo mucho más simple: «Les mentí a los dos a más no poder»<sup>42</sup>. Girodias insistía en quedarse con la mitad de los beneficios; Nabokov insistía en unos derechos del 10 por 100. Minton ofreció un porcentaje del 17,5 por 100 y optó por no revelar a cada una de las partes la participación que llevaba la otra.) Lle-

---

<sup>42</sup> Cuando se le recordó este apunte años más tarde, Minton revisó su declaración: «No les mentí. Sólo que no les revelé todos los detalles».

gó a la conclusión de que Véra tenía la culpa de todas las complicaciones surgidas con Girodias. «Es una adorable señora, aunque de mentalidad activamente suspicaz, que constituye el perfecto complemento de su marido», advirtió el editor parisino cuando la disposición de los derechos de la novela para Gran Bretaña causó fricciones adicionales. (Girodias ya había llegado a la conclusión de que Véra constituía una fuerza muy digna de ser tenida en cuenta, y de que la pareja vivía en un estado de ósmosis completa.) Era cierto que Véra había comenzado a referirse al editor francés, bien que de manera semiprivada, como Girodias el Gángster. También es cierto que lo que parecía dudoso desde un punto de vista resultaba instintivamente sólido desde el otro. Sin embargo, la mujer de Nabokov no era la del César: nunca estuvo por encima de toda sospecha. Ivan Obolensky estaba persuadido de que Véra había desbaratado por sí sola las negociaciones.

Lentamente se había dejado engatusar para salir de detrás de las bambalinas, debido a la presión del trabajo, a su devoción, a las exigencias de una novela excepcional. Por pura inadvertencia, «la señora de Vladimir Nabokov» se había forjado un nombre a su medida, un nombre bien conocido. No es que con ello pusiera fin a las cartas falsificadas, que siguió redactando y enviando, si bien el disfraz fue siendo poco a poco más artístico. Ya a finales de los años cincuenta fue posible generar algo más abigarrado. La correspondencia con Dimitri recayó del todo en Véra: a lo largo de estos años constituye una larga, única, sentida súplica para que gaste menos, conduzca más despacio, traduzca más deprisa y sobre todo gaste menos dinero. En cierta ocasión cedió su pluma a Vladimir, o bien le obligó a empuñarla, y éste optó por dispensar a su hijo los consejos de rigor. «Mamá está enojada y no desea escribir», explicó al final de la misiva, de hecho mecanografiada por la persona que no había querido escribir esas mismas palabras. Así se permitía Véra un grandísimo lujo, cosa que rara vez hizo. En febrero de 1958, cuando los Nabokov se instalaron en el que había de ser su último domicilio en Ithaca, y cuando Minton telegrafió a Girodias para comunicarle que había llegado a un

acuerdo con todas las partes implicadas en el litigio, cuando el Ministerio francés del Interior canceló la prohibición que pesaba sobre la novela, cuando la traducción de Lérmontov apareció en las librerías de Ithaca, ella, que tanto tiempo pasó aleteando «debajo de la palabra, encima de la sílaba», pasó a estar mucho más presente. Con gran frecuencia fue una incomprendida —Obolensky estaba tan convencido de que era francesa, como lo estuvieron algunos alumnos de Cornell respecto de que fuese una princesa alemana—, pero al menos había pasado a ser esa sombría figura que destaca en primer plano. Había salido a la palestra justo a tiempo de la llegada del «Huracán Lolita», que de todos modos la habría obligado a salir de su refugio.